
Euforia, cataclismo y lucidez

Investigador:

Pierre Gilhodes

Director Centro de Investigaciones
y Proyectos Especiales-CIPE de la
Universidad Externado de Colombia

**I. DEL EJERCICIO DE LA PREVISIÓN**

Desde comienzos de octubre de 1998, el Fondo Monetario Internacional nos permite escribir que la situación presente “no es del todo una recesión mundial pero que nos acercamos claramente a este estado” (Michael Mussa, estudio semestral del Fondo: “Perspectivas de la economía mundial”, presentado en Washington el 30 de septiembre de 1998).

Antes de esta fecha, hablar de recesión y, peor aún, de crisis, sólo se podía hacer para determinados países de Asia Oriental (Tailandia, Indonesia, Malasia, Corea del Sur) o para Rusia. Mencionar otros países era indecente o erróneo. Es que “la previsión es difícil, sobre todo cuando del futuro se trata”, decía un humorista francés. Muchos se conforman con hacer previsión del pasado, ya que el propio presente es incierto.

En todas las circunstancias de la vida poder anticipar en algo los acontecimientos representa un gran beneficio. Ya la meteorología puede hacerlo con una buena probabilidad antes de cinco o siete días. Vale la pena también anticiparnos a lo que pueden ser los adelantos en el material informático para no comprar a nuestra

empresa una red que se va a volver obsoleta en dos años. Es de sumo interés para un gobierno de un país productor de petróleo saber cuál puede ser la tendencia en la evolución de los precios a dos o cinco años, ya que se trata de inversiones cuantiosas y a largo plazo que un precio bajo — como el que rige en la actualidad — no va a permitir rentabilizar.

La previsión es aleatoria y nunca dejará de serlo, aun cuando se mejoren sus instrumentos de medición o se capacite mejor su persona. Crece también la incertidumbre con el plazo de la previsión. No se trata de llegar a decir lo que va a ocurrir sino lo que, en diversas situaciones, puede ocurrir. Los organismos públicos deben tener oficinas de previsión para mejorar la calidad y justificar sus inversiones: Planeación, Hacienda, Banco Central, departamentos y municipales, etc. Perseamos, en materia educativa, en el interés que puede haber al calcular la futura población de los diferentes niveles de enseñanza para la asignación de planteles o profesores, sus opciones y las necesidades laborales del país, porque si se reacciona tarde habría que improvisar en malas condiciones. Las grandes empresas del sector privado también efectúan este tipo de cálculos y existe toda la rama de riesgos dedicada específicamente a ello.

Para prever se utiliza muy a menudo una técnica de ajustes progresivos de datos. De este método se pueden encontrar ejemplos en los informes semestrales del Fondo Monetario Internacional, realizados en mayo y octubre de cada año. A medida que se recibe la información — y se supone que va mejorando —, se pasa de publicar una cifra preliminar a calcular una cifra provisional que, confirmada o no, se convertirá *a posteriori* en cifra definitiva. Según esta fuente, en mayo de 1998 el crecimiento previsto para Japón era 0%, en octubre, con datos del primer

semestre, ya se prevé una baja del PIB japonés de -2,5%. En situaciones de incertidumbre como la que se vive hoy, la rectificación de la cifra es inconveniente y sólo se debería considerar la tendencia. Es muy posible que el descenso real en el PIB sea finalmente mayor cuando tengamos la cifra definitiva, hacia mayo del año 1999.

La revista inglesa *The Economist* también publica unas previsiones sintéticas de un grupo de economistas relativas al crecimiento, la inflación y la balanza de cuentas corrientes de países desarrollados (mensualmente) o en vía de desarrollo (trimestralmente), con tijeras de máximo y mínimo. Tomemos sus previsiones altas y bajas de crecimiento de Japón para 1998:

EN PORCENTAJES											
dic 97	enero 98	febrero	marzo	abril	mayo	junio	julio	agosto	sept.	octubre	
0,6/2,5	0,3/2,5	0,7/2,5	-0,8/1,3	-0,7/1	-0,7/0,4	-0,8/0,3	-2,1/0,3	-3/0	-2,8/0,8	-2,9/-1,1	
Si se trazara la curva de la previsión encorriaríamos dos brutales bajas en marzo y julio (que reflejan situaciones detectadas en el mes anterior).											

Otro tipo de previsión que se puede utilizar es la previsión por escenarios. Un posible escenario de tipo pesimista incluiría las cifras y las circunstancias más negativas: aumento en el valor del yen, restricciones a las compras de carros japoneses por proteccionismo, crisis de gobierno prolongada, problemas sociales creados por el aumento brutal del desempleo [...] Un segundo escenario podría ser calificado como optimista y tomaría en cuenta un menor valor del yen como el que apareció en septiembre, la baja de las importaciones energéticas de Japón, una mayor estabilidad política con un exitoso plan de reactivación, una propensión a consumir de la población [...] El tercer escenario, intermedio,

sería el que tomase en cuenta, factor por factor, la mayor probabilidad de que se produzca o no la crisis de gabinete, que la situación de los países vecinos afecte más o menos a los japoneses, etc. Se trata, en el fondo, de atribuir a los tres escenarios un coeficiente de probabilidad de que las cosas así ocurran. Por ejemplo, dotando al pesimista de un 40% de probabilidad, al optimista de 20% y al mediano de 40%.

El ministerio de hacienda ruso formuló, en octubre de 1998, dos previsiones para el final del año: una, optimista, preveía una tasa de cambio a 20 rublos por dólar a finales de diciembre del mismo año (contra 6 a mediados del año y 16 en septiembre; una ayuda internacional de 4 mil millones de dólares con un déficit fiscal de 34,4 mil millones de dólares (20,5% de los gastos); el otro, el pesimista, preveía el dólar a 28 rublos, una ausencia de ayuda internacional y un déficit fiscal mayor que representaría el 62% de los gastos. La realidad, probablemente, será intermedia aunque ninguna de las hipótesis sea particularmente agradable para Rusia y los rusos.

Inicialmente un cálculo de previsión por escenarios puede empezar con algunos parámetros relativamente rudimentarios como se procede en materia de estadística. La confrontación con la realidad permite sofisticar rápidamente los datos, incluyendo nuevos parámetros y dotándolos todos de coeficientes ya que no inciden por igual. Esto se anticipa a la investigación de riesgos, incluyendo el riesgo político, que practican oficinas de consultores.

El interés por esta clase de trabajo se aprecia cuando se aplica a casos concretos como puede ser la relación de Colombia con Venezuela y los temas comerciales, monetarios, de inversiones, poblacionales, políticos, etc., que inciden en las relaciones entre

los dos países. En casos como éste hay que tomar en cuenta hasta los posibles resultados de elecciones como las venezolanas de finales del 1998, ya que el perfil de los candidatos es muy distinto.

Uno de los problemas del estudio coyuntural, es decir, la previsión a corto plazo, es la calidad y fiabilidad de los indicadores usados, así como la rapidez con la que se dan a conocer. Ciertos datos muy útiles pueden tardar mucho en ser publicados, bien porque su recolección sea lenta, bien porque, en alguna parte, se produzca un fenómeno de retención de datos. Debemos seleccionar indicadores pertinentes, es decir, que sirvan de verdad para la previsión. No es necesario multiplicarlos si, con eso, poco se gana en la credibilidad de la previsión. Debemos saber cuál es la calidad de estos indicadores, quién los elabora, con qué fin, y si pueden ser cotejados con otros de fuente distinta. No siempre la etiqueta del organismo que publica el dato implica que sea mejor que otro. Muchos datos, muchas series se desprenden de una fuente única. Decir que lo publica el FMI, el Banco Mundial o la OMC no añade a su credibilidad ya que estos organismos no tienen recolección propia y usan como fuente, por ejemplo en Colombia, el DANE, el Banco de la República, el Ministerio de Hacienda, etc. Lo que sí pueden hacer, y es lícito, es emplear mecanismos de corrección o de comprobación de dichos datos. Un ejemplo de posibles correcciones se observa a diario en las negociaciones de comercio exterior. Si se comparan los volúmenes o el valor de las exportaciones colombianas a Estados Unidos o a Francia veremos que las estadísticas que publican el Banco de la República o la DIAN (las cuales no son iguales por razones metodológicas) no corresponden con las que se publican en Washington o en París como importaciones procedentes de Colombia. Sólo estamos hablando de exportaciones legales (café, bananos, flores, etc.). Hay explicaciones a estas diferencias, a veces grandes, y hay que conocerlas e

interpretarlas. En este caso también se debe tomar en cuenta el contrabando que, por definición, no cabe en las estadísticas oficiales pero que pesa mucho en textiles, cigarrillos, licor, perfumería y artículos electrónicos. El mayor renglón de exportación de Colombia en el siglo XIX no fueron ni el tabaco, ni la quina, ni el añil, ni el café, sino el oro, pero salía ilegalmente del país. Si nos atenemos solamente a la coyuntura, es preciso observar la evolución de las exportaciones colombianas de piedras esmeraldas en estos diez últimos años para comprender que existen graves problemas. El estudioso debe entonces interrogarse seriamente sobre el significado real de las cifras con que trabaja. En la década de los noventa, el cuantioso déficit de la balanza comercial colombiana debería haber tenido serias consecuencias que casi no se apreciaron. Será que no existió en su aparente dimensión o que algo quedó por fuera? Evidentemente, esta es la respuesta acertada.

Muchos economistas colombianos y extranjeros han procurado medir el impacto económico de la exportación ilegal y criminalizada de estupefacientes. Esto se puede hacer tanto desde el punto de vista de los intercambios de Colombia con el mundo como de su efecto sobre el ingreso, el empleo, el consumo doméstico, la paz social y la violencia incluidas. Se han publicado datos muy diferentes, siendo los de Roberto Steiner resumidos en la revista *Coyuntura Económica* de diciembre de 1996, los que más llaman la atención en el período reciente.

Se podrían formular observaciones paralelas en lo que se refiere a la inversión extranjera directa. ¿Una inversión de Panamá o de las Islas Caimán, se puede decir que es proveniente de estos países? ¿O que es de un tercer país y sólo transita –sobre el papel– por estas plazas *off shore*? La procedencia real de la inversión siempre

queda por esclarecer. Se tiene la idea que una buena parte de esta inversión es de colombianos que residen en el exterior o tienen depositados sus fondos en el exterior. Desde este punto de vista, la inversión extranjera en China de Singapur, Malasia o Indonesia, sin hablar de los casos más complejos de Hong Kong y Taiwan, es de los llamados chinos de ultramar; es decir, chinos que residen en estos países y disponen de buenas capacidades económicas.

En el trabajo de previsión, la metodología de recolección de datos y su fiabilidad no son los únicos elementos que se deben tomar en cuenta. Es importante también el dato oportuno. Desde el estallido de la crisis mexicana a finales de 1994, el FMI critica la retención de datos o la selectividad de su publicación por este país. Hasta cierto punto, es una manera para el Fondo de evadir sus propias responsabilidades: “no sabía ni podía saber, porque no me dieron los datos necesarios en forma oportuna”. Lo repitió, en 1997 y 1998, para Indonesia y Corea; puede hacer lo propio en el futuro para Brasil o Chile.

Sin embargo, el argumento tiene validez. Si examinamos las estadísticas de los países hoy en tela de juicio, casi ninguna permite prever la crisis. Las que hubieran servido no fueron publicadas aunque existieran, y algunas se emitieron hasta con dos años de retraso. En algunos casos, hasta hubo alteración de estadísticas. En estas condiciones se vuelve muy difícil el buen análisis de coyuntura; an embargo, se debe intentar hacerlo.

Muchos de los datos necesarios para una previsión de calidad no son cuantificables, sino de naturaleza cualitativa: el resultado de una elección, a veces previsible, otras veces no, un golpe de estado, exitoso o no pero que de todos modos introduce una nueva dimensión, una huelga o brotes terroristas. Se ha podido detectar

en Francia con motivo del Mundial de Fútbol: el resultado final creó un ambiente de optimismo en el país, de integración frente a la diversidad étnica del equipo ganador que facilitó, durante varios meses, el trabajo del gobierno: el efecto Mundial. Cómo tomarlo en cuenta? ¿Qué decir de un fenómeno climatológico, por ejemplo el "Niño", cuyos efectos han sido mundiales pero provocando inundaciones en ciertos países y sequías en otros? Colombia, que todos los años parecía esperar las famosas heladas en los cafetales de Brasil con la esperanza de que levantarán los precios internacionales del grano, conoce bien la experiencia. Las gripas del Presidente de Rusia, los avatares de la vida sexual del Presidente de Estados Unidos, ¿cómo pueden ser evaluados desde el punto de vista que aquí nos preocupa? No repercuten en todo, desde luego, pero sí en algo: unas veces en parálisis, otras en agitación febril. En Rusia porque, de hecho y desde hace varios meses, ya no hay gobierno en la segunda potencia nuclear del orbe. En Estados Unidos, porque casi no hay Presidente o porque hay cogobierno con el Congreso y se entierran las prerrogativas del Presidente, como sucedió con el episodio del *fast track* para negociaciones comerciales.

Estas consideraciones no se formulan para desalentar el esfuerzo sino para recalcar que la previsión no es una predicción de Nostradamus sino la búsqueda de la probabilidad de que algo se produzca. En la búsqueda no deben entrar nuestras preferencias como personas, tampoco se debe procurar satisfacer las que se supone son la de nuestro cliente. ¿De qué serviría decirle sólo lo que quiere oír?

La última consideración necesaria es saber si la verdad siempre es posible. En materia económica un empresario, un gobernante no siempre pueden confesar la verdad (lo que no significa que

deban mentir). El presidente Mahatir de Malasia, en octubre de 1997, intervino en la reunión anual del FMI profiriendo unas denuncias, probablemente o posiblemente ciertas pero inoportunas tanto para él como para su país. De la misma manera se critica a los ministros de Hacienda por "no decir la verdad". Pero, ¿se imaginan las consecuencias que tendría el anuncio de una próxima devaluación? ¿Quién puede anunciarla y evitar un pánico e impedir que se produzcan fenómenos especulativos y fuga de capitales? Si le damos la vuelta a América Latina, a la fecha de este estudio, son varios los países que no pueden escapar de una devaluación de su moneda; sin embargo, todos la niegan. ¿Pueden hacer otra cosa? Lo único es que cuando se vuelva inevitable, es mejor tomar medidas cuanto antes. Lo mismo se podría decir de un regreso temporal al control de cambios, que bien puede tener su justificación pero que es imposible anunciar.

En esto cabe destacar la diferencia entre el gobernante y sus responsabilidades o las de un empresario, y las del investigador, que son otras, entre ellas la de emitir su opinión sin disfrazarla. A este último se le podrá criticar por alarmista o irresponsable, pero no imperta, ya que cada uno hace lo suyo. Para el fabricante de previsión lo importante es la seriedad constatada en sus producciones anteriores y su capacidad para justificar en todo momento los datos que lo llevan a sus conclusiones, como un pastelero que debe revelar los ingredientes –y sus proporciones– del pastel que elabora.

Para el usuario, lo importante es analizar lo anterior pero también cotejar las diferentes previsiones y el modo de elaboración, para de este modo forjar su propia opinión. Según el ministro de Hacienda francés, el PIB de Francia debería crecer en 2,7% para 1999 (previsión revisada en octubre a partir de una estimación de

2,8% en julio). Para el Instituto de Estadísticas este crecimiento podría ser de 3,1%, para el previsionista de la empresa Euler Fac sería de 3%, para el banco ABN-Amro será tan sólo 1,9%, y para *The Economist*, 2,8%. La sobreoferta de datos diferentes puede confundir. Lo interesante es identificar de dónde provienen las diferencias e intentar ver si se justifican. En este caso, se trata de cómo se toman en cuenta los acontecimientos económicos extraeuropeos y las tendencias de la alta demanda interna. Es bueno y deseable poder utilizar de esta manera varias fuentes que sean identificadas y responsables.

II. LA COYUNTURA GLOBAL

Destacamos de entrada, como elemento principal de la coyuntura, la situación económica mundial. Hoy día no se puede hablar simplemente de crisis asiática como se hizo entre julio de 1997 y julio de 1998; no es suficiente decir asiática y rusa como se hizo durante el segundo semestre de 1998, y tampoco de crisis asiática, rusa y de América Latina como a finales de 1998.

El 7 de octubre de 1998, Alan Greenspan, presidente del Banco Federal de Reservas de los Estados Unidos advertía "Es bastante evidente que las perspectivas de la economía americana para 1999 se debilitaron"; pocos días después el banco Morgan preveía para Estados Unidos una breve recesión para mitad del año. Paralelamente, en Alemania se enfrentaban el Ministro designado de Hacienda del nuevo gobierno, Oskar Lafontaine, y el presidente del Bundesbank (Banco Federal), sobre la necesidad de bajar las tasas de interés para sostener la actividad económica por la demanda interna. Más allá del cálculo de los efectos negativos para Alemania y Europa del ambiente de crisis afloraban dos

posibles políticas para combatirlos. Por fin, los indicadores económicos en Gran Bretaña tendían a coincidir para señalar una baja de la actividad económica en 1999.

A. Los ciclos económicos

Estamos en presencia de una recesión de carácter mundial, respecto a la cual se consideran necesarias algunas acotaciones. Se ha presentado la contaminación de un país a otro, de una región a otra, haciendo del dominio de lo económico un fenómeno nuevo que sería consecuencia de la mundialización. Esto significa desconocer que, desde sus comienzos, a pesar de la existencia de las fronteras estatales el sistema capitalista es internacional. Lo muestran estudios de historia económica desde el descubrimiento del Nuevo Mundo y el siglo XVI. Anteriores recesiones, desde 1847 aproximadamente, tuvieron una repercusión mundial incluso para un país entonces tan lejano de todo como Colombia. Más cerca de nosotros, recuérdese el influjo de los efectos locales de recesiones mundiales sobre las guerras civiles colombianas de 1885, 1895, los Mil Días, sin hablar de la crisis de 1919-1921. Pueden producirse –y se producen– desfases cronológicos. Un país resulta entonces afectado tardíamente, como es el caso de Francia para la crisis llamada históricamente de 1929, puede ser afectado también en sectores particulares, como el mayor o menor impacto en la esfera de la producción agrícola, minera, industrial, de la circulación monetaria, el comercio y las finanzas. Estas circunstancias cambian, igual que el momento y las formas de salida de la crisis para cada uno de los países. Para ello se deben tomar en cuenta en particular las políticas anticíclicas adoptadas en un país o en un grupo de países. El efecto de la mundialización creciente que vivimos es acelerar las contaminaciones, volverlas más complejas y, sobre todo, como el virus en la informática, más difícil

de evitar. Esto en razón de la libre circulación de bienes y capitales, por la similitud relativa de reglas entre los principales Estados, la pérdida de las herramientas económicas tradicionales que han sufrido muchos de ellos y la semejanza de las creencias económicas de las esferas dominantes.

Este consenso intelectual, el predominio de una sola escuela de análisis y de tratamiento de los problemas, se puede explicar por el mismo tipo de formación recibido, las mismas lecturas, la influencia de los organismos internacionales y por perfiles de carrera muy paralelos en el mundo entero. Un segundo factor, no del todo independiente del primero, es más psicológico: la confianza o desconfianza entre los empresarios, los gobernantes, las opiniones públicas, muy bien reflejadas en las encuestas de opinión. Cabe añadir que la confianza se crea –difícilmente– o se destruye –fácilmente–. Son factores de pesimismo los que predominan en el momento actual, algunos sociólogos, impresionados por el fenómeno, lo han relacionado con el calendario que nos espera y lo caracterizan como un nuevo trilenarismo, aludiendo a fenómenos semejantes que se produjeron en la cristiandad en vísperas del año mil.

Esta recesión comporta varios componentes, algunos ya acotados y otros muchos por estudiar todavía.

En primer lugar se trata de una crisis característica de un fin de ciclo corto, el ciclo de Juglar de la economía internacional. Este, de una duración de unos nueve años, unos más, otros menos, tiende a terminarse con una sobreoferta relativa que afecta las ventas, los precios y el empleo. Una traducción visual del fin de ciclo lo ofrecen las bolsas de valores cuyos resultados se conocen en tiempo real, mientras otros datos son más lentos en aparecer o

pueden ser de interpretación más difícil. El octubre negro de 1929 no marcó sino simbólicamente el inicio de la crisis del mismo año. La crisis, en las Américas, empezó antes. Se ha afirmado que empezó en 1927 en el caso colombiano, con la baja del precio del café. El *crack* bursátil no es sino un indicio revelador de algo que ocurría en la esfera de la economía mundial y que no se había detectado.

Este ciclo Juglar se inició en la segunda mitad del año 1992 en los Estados Unidos (con la mala suerte, para los propósitos reeleccionistas de George Bush, que sólo se percibió después de la elección presidencial de noviembre). Fue mucho más tardía la reactivación en Europa, con excepción de Gran Bretaña, más próxima a la cronología del ciclo norteamericano que del europeo. En Europa occidental se produjo una recaída en 1996 y comienzos de 1997. El período norteamericano de expansión del ciclo fue excepcionalmente largo, lo que llevó a ciertos economistas, políticos y a no pocos periodistas a teorizar sobre el fin de los ciclos y la expansión permanente en la economía capitalista.

Una de las explicaciones para la difícil fase expansionista europea reposa sobre las políticas de austeridad impuesta en los países de la Unión Europea para reducir los déficit públicos y alcanzar, como se alcanzaron, las metas previas indispensables para la creación de la moneda única, el euro. Otra explicación, no incompatible con la anterior, pone en evidencia la menor sistematización de la economía europea.

El caso de Japón es mucho más sorprendente ya que este país no salió de la depresión. Conoció, entre 1974 y 1990, un crecimiento anual promedio de su PIB de 4,2 % para caer, entre 1991 y 1995, a 1,4 %. Sólo en 1996 creció un 3,9 %, lo que hizo decir que “Japón

salió de la crisis" para recaer en 1997, con un crecimiento de 0,9 % y decrecer en 1998. Ya no se trata de una crisis cíclica sino de un fenómeno estructural que necesita otras interpretaciones, entre las cuales se mencionó con insistencia la madurez del desarrollo.

Un segundo elemento nos puede servir de apoyo para interpretar la depresión en la que entramos. No se menciona mucho. El economista ruso nacionalizado norteamericano Kondratiev identificó un segundo tipo de ciclo más largo, de una duración aproximada de unos cincuenta años. Los economistas que se refieren a este ciclo largo lo conocen con su nombre.

Entre 1750 y 1945 identificamos cuatro ciclos largos. El último empezó en 1945 y pasó de su fase de expansión a la de contracción hacia 1974. Posiblemente, y como hipótesis, estaríamos viviendo el final de esta última fase para entrar en un nuevo ciclo "Kondratiev", después de veinticinco años de menor y desigual crecimiento, de baja de la inflación a nivel mundial. El cambio de un ciclo a otro no se hace fácilmente y se conjuga normalmente con un paso de un fulgur a otro. Depende mucho de la capacidad de los agentes económicos, en primer lugar los Estados, para acompañarlo y aprovecharse del momento. En Europa occidental cabe determinar si son los Estados antiguos o una nueva autoridad, la Unión Europea, pero en todo caso una autoridad política, la que debe definir una política correcta.

Las dos clases de ciclos que se acaban de mencionar tienden a confirmar que nos encontramos frente a una crisis global y no simplemente asiática o rusa. La anterior mención del estancamiento japonés llevaría a afirmar que la fase asiática de la crisis no empezó en Tailandia, en julio de 1997, sino antes, en Japón. Omitir el período japonés y el estallido de la burbuja bursátil e

inmobiliaria en Tokio es condenarse a trabajar sobre efectos derivados y no sobre las causas de la crisis. Limitarla a tal o cual país es buscar en ellos esta causa y no en el sistema financiero internacional. La causa de la crisis no es la corrupción del dictador Suharto y de su familia o el estado del corazón de Boris Yeltsin. Resulta cómodo acusarlos a ellos: por un lado, se evaden responsabilidades; por otro, se evita cuestionar lo que ha sido la biblia económica de estos dos decenios, sintetizada como el consenso de Washington.

Sobre esta crisis existe otro debate para definir si es financiera solamente o económica más ampliamente, con argumentos de parte y parte. Constatemos que si bien se destacaron sus aspectos financieros [caída de las Bolsas de valores, oscilaciones amplias de las monedas, precariedad de la banca tradicional y esbozo de discusión sobre el papel de los fondos mutuales, especulativos (*Hedge funds*) y de pensiones], también existen aspectos en la esfera material: disminución en el precio de las materias primas y el precio relativo de ciertos productos manufacturados (industria automotriz, de aviación, pero sobre todo en el material informático), disminución relativa del comercio internacional y reestructuración de las empresas en particular por fusiones y asociaciones.

El debate se extiende también al papel del Estado, no como agente productor sino como regulador de la economía. Finalmente se discute el ámbito y la dirección de una reestructuración del sistema económico internacional, muy poco avanzada por las posiciones muy diferentes que existen.

Todos estos temas y las posibles salidas estarán sin duda en el orden del día durante estos próximos años. Uno de los factores

que frenan la discusión es el predominio, casi diríamos el terrorismo intelectual, de una forma de pensamiento dominante que no acepta ni cuestionarse ni que la cuestionen.

B. ¿Asiática, la crisis?

Se tardó mucho en reconocer que el discurso sobre el milagro asiático y sus posibles causas, así como su reproducción en otras partes del mundo, estaba atrasado frente a varios acontecimientos anteriores a la devaluación del baht tailandés el 2 de julio de 1997.

Si hay que marcar un hito de consulta y reflexión indispensable, señalaría en primer lugar el artículo de Paul Krugman –y los estudios en que se apoya– “The myth of Asia’s miracle”, publicado por la revista *Foreign Affairs* en noviembre-diciembre de 1994. Krugman lleva a cabo un estudio comparado de las condiciones en que se derrumbó la Unión Soviética y el crecimiento de Asia Oriental. En el primer caso se logró movilizar, por un poder político fuerte, enormes factores de producción pero nunca se logró mejorar su eficiencia; es decir, la producción por unidad de producción (*output per unit of input*). Para Krugman, los tigres y dragones asiáticos deben su crecimiento al de los factores trabajo y capital antes que a una mejor eficiencia; extiende estas consideraciones a los dos casos, aparentemente tan distintos, de Japón y China. De ahí que las predicciones que se hacían en los noventa sobre el futuro asiático o el papel del Pacífico en el siglo XXI se tengan que pensar mejor y revisar. Hasta ahí el hilo rojo del artículo.

Una prueba de ello es la pérdida de perfil de una asociación que parecía tan importante para los Estados Unidos y otros países como la APEC. Sólo Fred Bergsten, frente a la comisión de los

servicios bancarios y financieros de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos el 13 de noviembre de 1997, proponía a la APEC como marco de los acuerdos para resolver la crisis asiática. No se debe olvidar que él preside la Comisión de personas importantes de la misma APEC.

Llama la atención el hecho de que se tardó mucho en comprender que algo grave estaba pasando en el este asiático. El mismo año del artículo de Krugman (1993), el Banco Mundial publicó un informe laudatorio: “El milagro del este asiático: crecimiento económico y políticas públicas”; hoy lo que atacan el FMI y el Banco son, precisamente, y tal vez no con toda la razón, estas mismas políticas públicas consideradas como nefastas. En abril de 1998, el mismo Banco publicó una conferencia de Takatoshi Ito pronunciada en la conferencia anual del Banco sobre el desarrollo, en septiembre de 1997 en Hong Kong: “¿Qué pueden los países en desarrollo aprender del crecimiento económico del este asiático?”, en la que se rebatían los argumentos de Krugman y otros, sin mencionar en lo más mínimo lo que ya se conocía de la situación asiática. A mediados de 1998, el Instituto Francés de Relaciones Internacionales (IFRI) en su informe anual analizaba, con muchos datos y buenas consideraciones, la crisis asiática para concluir con la pregunta “¿Ha terminado la crisis?”.

En general, se ha querido distinguir el caso de Japón del resto de los países asiáticos. A éste se le pide sobre todo abrirse más a las mercancías y al capital extranjeros, y reestructurar su sector financiero prácticamente quebrado –nacionalizándolo, si no hay otra solución–. Se subraya la oportunidad tanto en Japón como en Corea del Sur para que el capital extranjero adquiera, a bajo precio, empresas de estos países, como de hecho algunos hicieron mientras otros se mantienen a la expectativa. Pero aquí se hace

evidente una visión más bien coyuntural de la crisis que atraviesan. A Japón y a Corea del Sur se les pide abandonar su modelo integrado de empresa y redefinir el papel del Estado en la economía limitando sus funciones. El antes prestigioso MITI japonés hoy está señalado con el dedo. Para Indonesia, Tailandia y Malasia se considera que su problema es ante todo de iliquidez, agravado por la corrupción y la falta de transparencia política. Se encargó al FMI suministrar los programas necesarios y prestar los fondos indispensables, lo cual fue realizado en agosto de 1997 con Tailandia, luego en diciembre con Corea del Sur y por fin con Indonesia al caer el dictador. En los tres casos la aceptación de los planes se acompañó con modificaciones sustanciales en el poder político.

Año y medio de crisis, con fases de pánico y fases de respiro, como en el Foro de Davos en febrero de 1998, una cantidad de negociaciones, presiones en el FMI, el G-7, las reuniones de la APEC (Vancouver, noviembre de 1997), de la ASEAN (Kuala Lumpur, diciembre de 1997), que no han hecho progresar mucho la búsqueda de soluciones.

Preocupa observar que Colombia tuvo una visión muy remota de lo que sucedía. Sólo divulgaba información a través de las páginas en español que se toman del *Wall Street Journal*. Los dos primeros intentos locales que buscaban una interpretación de lo que sucedía fueron de Carlos Caballero Argáez ("¿Principios de economía?" en *El Tiempo* del 7 de enero de 1998), y de Néstor Humberto Martínez ("Llegó la fiebre amarilla", en el mismo diario del 15 de enero de 1998).

En Asia cayeron los gobiernos de Japón, Indonesia —una larga dictadura militar—, Corea del Sur —por elecciones—, pero el nuevo

Presidente tuvo que tomar como aliado y luego primer ministro el antiguo jefe militar de la KCIA, que lo había detenido años antes; también había caído el gobierno tailandés. Fueron en muchos casos cambios más cosméticos que reales, nuevas caras en las mismas limosinas. Esto puede servir para señalar cómo los propios Estados son afectados por lo que está sucediendo.

Desde el inicio de la crisis se ha observado muy de cerca el comportamiento de China. No faltan quienes la responsabilizan por haber devaluado el yuan, su moneda, en 1994. En el Foro de Davos, el viceprimer ministro chino fue muy aplaudido por los capitalistas y gobernantes del mundo allí reunidos cuando afirmó que su país no devaluaría. Esta actitud claramente política de China y su responsabilidad directa en Hong Kong la sitúan en primera fila. De ser obligada a devaluar, lo que no se puede excluir para 1999 en función del desarrollo de los acontecimientos, la crisis tomaría una nueva dimensión.

Los casos de China y Hong Kong, su provincia especial, y el de Taiwan, son de los más interesantes. China sufre las consecuencias de la crisis en Asia Oriental, independientemente de sus propios problemas (como su industria básica estatal deficitaria, su sistema bancario muy poco desarrollado, su rudimentaria infraestructura, etc.): la devaluación de las monedas de los países que la rodean y que, además, son rivales hace menos competitivas sus exportaciones. De hecho éstas han bajado, en particular con Asia. La tasa de crecimiento disminuye —aunque para 1998 se situaría todavía en un honorable 7%— y el flujo de capital extranjero tiende a ser menor. China tiene un interés político, tanto interno como externo, en sostener su moneda: busca atraer o retener estos capitales, necesarios para su crecimiento económico y como consecuencia, para su estabilidad política. En este plano quiere también mostrarse

como responsable, digna de participar del sistema económico internacional del cual sigue marginada. Este comportamiento es propio de un miembro permanente del Consejo de Seguridad y obliga a contar con ella.

La quiebra, en octubre de 1998, de la poderosa Guandong International Trust and Investment Corporation (GITIC) con unos tres mil millones de dólares de deuda fue interpretada de dos maneras: para unos es señal de que las dificultades del sector financiero chino van creciendo; para otros es, además, la señal de que el gobierno chino es serio en su propósito de reformar su sistema financiero. El Banco de China, uno de los cuatro mayores bancos estatales, asumió la responsabilidad de los compromisos del GITIC.

Actualmente China, la cual disputa a Japón el liderazgo en la región, funciona como un dique frente a la crisis. Lo hará hasta cuando sea de su propio interés y no simplemente para complacer a los Estados Unidos. En otras partes del mundo hay países afectados de los cuales se habla poco. Se podrían señalar, por su tamaño, Pakistán y África del Sur. Observemos que en Asia lo que se discute es la actitud del sector privado, sus responsabilidades, a diferencia de México, en donde se ponía en primer lugar la actitud del gobierno. En México el que construyó el plan de salvación fue el gobierno de los Estados Unidos, y el FMI fue sólo el agente encargado de su ejecución.

C. ¿Crisis rusa?

Todavía en febrero y marzo de 1998, se disertaba sobre los buenos resultados de la economía rusa que le valieron al entonces primer ministro Viktor Chernomyrdin un premio en Davos. Con un crecimiento modesto pero positivo de 0,4% en 1997 (el primero

desde 1990), se preveía otro de entre 2 y 4% para 1998. El sorpresivo nombramiento de un nuevo primer ministro –Serguei Kirienko– en abril fue interpretado, en términos políticos, como la expresión de la voluntad de dismantelar lo que quedaba de los conglomerados del tiempo de la Unión Soviética. Todo cambió en mayo, cuando el gobierno no pudo privatizar la última empresa petrolera estatal. El precio del petróleo, primer renglón de las exportaciones rusas, había caído severamente. Se señaló la balanza comercial negativa y los malos ingresos fiscales como problemas urgentes por resolver. A mediados de julio, el FMI y el Banco Mundial firmaron con Rusia, como antes en Asia, acuerdos de ayuda por 22 mil millones de dólares condicionando su giro a una reducción a la mitad del déficit presupuestal. El 17 de agosto, haciendo caso omiso de los acuerdos, Rusia devaluó el rublo, entonces a 6 rublos por un dólar, y suspendió el reembolso de los créditos externos. Cayó el gobierno. El 28 de agosto el dólar valía 12 rublos y se vislumbraba el retorno de la inflación. Steve Hanke, padre de la reforma monetaria argentina y Domingo Cavallo, ex ministro de hacienda de este país, propusieron a Rusia adoptar el sistema de caja de compensación (Currency Board), inmediatamente vetado por el Fondo.

En septiembre de 1998 se preveía un decrecimiento del PIB de -3% (y de -5% para 1999) y una inflación en torno a 80% para el mismo año. El dólar se podría cotizar a 20 rublos. No se logró formar un gobierno en varios meses y Rusia vivía sin crédito internacional y sin negociación. Su situación aumentaba los temores de una propagación de la crisis hacia otros países de Europa Oriental y, posiblemente, Alemania. Otros, mientras tanto, se tranquilizaban invocando el poco peso de su comercio con Rusia o la débil exposición de sus bancos frente a la deriva de la otrora superpotencia. El FMI tiende a minimizar la crisis rusa y asegura

que su peso económico no es mayor que el de los Países Bajos, miopía típica del economicismo que se niega a tomar en cuenta otros aspectos de la realidad que no sean puros indicadores económicos.

A finales de octubre la baja prevista del PIB para el año pasó a -8% y se preveía una inflación de 230% para 1998.

D. América Latina

El 28 de octubre de 1997 el *Wall Street Journal* titulaba: "América Latina le saca partido a la crisis del sureste asiático". Dos días más tarde, la Bolsa de São Paulo perdía 9,54% en una sola sesión. El Presidente de Brasil multiplicaba las declaraciones para desmentir que el real, la moneda nacional, estuviera sobrevalorado. El 10 de noviembre, el gobierno daba a conocer un plan drástico de recorte de gastos y de aumento en los impuestos que el Congreso no aprobaba como ley. El presidente Cardoso se sostenía hasta su reelección en octubre de 1998 a costa de las reservas internacionales del país. Desde comienzos de 1998 hasta octubre, la Bolsa de São Paulo perdió el 37,6% de su valor. El país conocía un déficit fiscal de 7,2% del PIB y una deuda externa de 220 mil millones de dólares. Las ya mencionadas reservas de cambio bajaron de 70 mil millones de dólares en julio a una cifra estimada en 50 mil millones para octubre.

México y Venezuela, por su petróleo; Chile y Perú, por sus minerales y su importante comercio con Asia, sufrían las consecuencias de este derrumbe de la demanda a nivel mundial y del precio de las materias primas. Más aún, los flujos de inversiones hacia América Latina, que fueron los motores del crecimiento en años anteriores, iban disminuyendo. En abril de 1998, la cumbre

hemisférica de 34 países (todos los americanos menos Cuba) se celebró en Chile sin pena ni gloria mientras se suponía hubiera podido ser la oportunidad para el lanzamiento de la proyectada Asociación para Libre Comercio de las Américas. Tanto México como Brasil tomaron medidas frente a la gravedad de su situación, y Colombia, de hecho, el 2 de septiembre de 1998 se convirtió sorpresivamente en el primer país que devaluó su moneda, seguido rápidamente por Ecuador.

El riesgo se trasladó a América Latina a través de tres mecanismos:

1) La baja del precio de las materias primas que exporta: -25% para el petróleo en 1998 en relación al año anterior, -25% para el cobre, -24% para el níquel, -17% para el algodón, -14% para el café, -12% para el azúcar, -11% para la soya: sólo el cacao tenía su precio en alza. A esta baja de precios, la crisis asiática añadía una menor demanda de esta región del mundo por estos productos: Asia consume el 58% de la producción mundial de algodón, 38% de la producción de cobre, 36% de la de aluminio, 30% de la de papel corrugado y 25% de la de petróleo.

2) Los efectos -últimamente silenciados- de una deuda que si bien ha adquirido características distintas de la de los años ochenta es, sin embargo, enorme: prácticamente 500 mil millones de dólares para Brasil, México y Argentina. ¿Estarán los países endeudados en capacidad de mantener el pago del servicio de su deuda externa? En 1999, Brasil debería pagar 42 mil millones de dólares, una suma prácticamente igual a la totalidad de sus reservas. Por ser la economía de mayor tamaño, por ser la más vulnerable y por la dificultad de ablandar un gobierno que se mostró renuente en aceptar las propuestas de los organismos financieros internacionales y que pretendía un liderazgo regional, Brasil es objeto

de las principales preocupaciones. Antes de las elecciones se le prometió el oro y el moro; después de la reelección de Cardoso se le pide que tome rápidamente la iniciativa de difíciles e impopulares medidas anticrisis.

3) Por fin, en América Latina como en el sureste asiático, la inversión extranjera, cuantiosa, ya no se dirigía tanto a la apertura de nuevos frentes de producción (minera, industrial, etc.) sino que la constituyen inversiones de portafolio que compran servicios privatizados (electricidad, agua, telecomunicaciones), invierten en las Bolsas de valores locales o en bonos de los gobiernos por cuenta de grandes fondos pero que tienden a ser de una gran volatilidad, huyendo a la primera alarma. Estos fondos han sufrido grandes pérdidas en Asia y en Rusia y tienden a desconfiar también de América Latina, solamente frenados por las altas tasas de interés allí ofrecidas.

La diferencia entre América Latina y Asia o Rusia es la mayor exposición de los Estados Unidos. En 1980, América Latina recibió el 20% de las inversiones extranjeras directas; en 1990 recibió el 38% y en 1997 el 45%, la mitad de ellas norteamericanas.

Un factor no cuantificable pero que se debe tomar en cuenta es psicológico, los fenómenos de pánico: uno, dos, tres, ¿cuál va a ser el cuarto? Esto fragiliza el resto de economías en desarrollo, en este caso América Latina. El riesgo y sus formas concretas no son las mismas para todos los países pero se presentan sin excepción, Chile incluido. No es un riesgo futuro porque la crisis en esta parte del mundo ya empezó y se traduce en un menor crecimiento, más austeridad presupuestal, más desempleo urbano y rural, más pobreza y, eventualmente, problemas sociales y disturbios políticos.

E. Los países desarrollados

Si exceptuamos el caso de la segunda economía mundial, Japón, por haberlo mencionado ya, ¿cómo se ven afectados por la crisis los países desarrollados? Consideremos los casos de los Estados Unidos y la Unión Europea.

En el primer país, sumido en un folletinesco debate interno sobre la conducta privada del presidente Clinton, predominó inicialmente un alivio por las dificultades del Japón, considerado siempre como un adversario potencial y prepotente (como en los años ochenta, cuando compraba el Rockefeller Center y los estudios de Hollywood). Sus dificultades permiten hablarle fuerte y mantenerlo subordinado. La crisis que apareció en el sureste asiático parecía lejana inicialmente. Dos opiniones se dieron a conocer: en noviembre de 1997 la de Alan Greenspan ante la Cámara de representantes de su país: "Hasta ahora, el impacto de estos acontecimientos sobre nuestra economía ha sido modesto pero no será despreciable". Una manera de llamar la atención sin asustar. La caída de Wall Street, el 27 de octubre del mismo año, fue seguida por una recuperación parcial. Para 1997 se preveía un crecimiento de 3,7% en los Estados Unidos y para 1998 uno —algo menor— de 2,4%. Fue finalmente de 3,8% para 1997, y en octubre, se preveía 2,7% para 1998. Este pesimismo del presidente del Banco Federal de Reservas, que se podría llamar institucional, era compartido en términos moderados y con construcciones teóricas distintas por una minoría de economistas, entre los cuales se contaba el ya citado Krugman: ("America the boastful", en *Foreign Affairs* de mayo-junio de 1998). El otro punto de vista lo expresaba, en el mismo número de esta revista, Mortimer Zuckerman ("A second american century"). Para él, la prosperidad norteamericana "no es coyuntural, sino consecuencia

de una serie de ventajas que sólo ella posee hoy". Todo parecía funcionar en sus indicadores: comercio, empleo, beneficios y, para colmo de bienes, eliminación de un déficit fiscal que empezó en los años lejanos de la guerra de Vietnam. Para algunos, inclusive, se habían descubierto las herramientas del progreso indefinido y se había puesto fin a la plaga de los ciclos.

En mayo de 1998, el Banco Federal de Reservas volvió a la carga y sus economistas sugirieron un mayor impacto negativo de la crisis asiática sobre la economía del país, en particular en lo que se refería al aumento del déficit de la balanza comercial. Entre enero de 1991 y julio de 1998 el indicador Dow Jones de Wall Street había subido 290% (33% en 1995, 26% en 1996, 23% en 1997) pero a finales de julio empezó a bajar por etapas, al igual que todas las demás Bolsas occidentales. El 4 de septiembre, Greenspan declaró: "No se concibe que los Estados Unidos puedan seguir siendo un oasis de prosperidad sin ser afectados por un mundo que sufre más y más presiones". El 25 del mismo mes, este personaje, más bien lacónico, volvió a la carga: "los efectos nefastos de la crisis sobre nuestra economía se van a intensificar". Este mismo mes, a iniciativa del poder político, el fondo especulativo Long Term Capital Management (LTCM) fue salvado de la quiebra por el Banco Federal, el cual reunió unos quince bancos de diversos países. Hasta ahí llegaba la intervención del Estado en los asuntos privados. Greenspan se tuvo que justificar frente a la Comisión de la Cámara de Representantes sobre este abandono de la regla de autorregulación del mercado. Era como un "haz lo que te digo, no hagas lo que yo hago".

El 29 de septiembre de 1998 el Banco Federal bajaba, por primera vez desde hace años, un cuarto de punto las tasas de interés interbancario y otro cuarto de punto el 15 de octubre. Esta medida

tería efectos beneficiosos para los países endeudados aun cuando no había sido tomada para ellos. Era fruto de la preocupación por la situación interna: un Dow Jones que había perdido 17% en tres meses, una disminución en el ritmo de crecimiento y un deterioro aún mayor de la balanza comercial. Como complemento, la Cámara de Representantes aprobó, con ciertas condiciones, una decisión hasta ahora negada: el aumento de la cuota norteamericana en el FMI.

Sería exagerado decir hoy que Estados Unidos está en crisis; sería un error afirmar que van a poder atravesarla sin ser afectados.

Para la Unión Europea o los quince países miembros de ella, lo que no es del todo igual, el problema mayor para 1998 era administrar la transición hacia el euro, la moneda única que entra en vigencia el primero de enero de 1999. Las disputas en torno al Banco Central Europeo, su independencia y el sentido de sus orientaciones acapararon la atención hasta mediados de 1998, junto con el problema de la eventual ampliación hacia Europa oriental: quiénes, cuándo y en qué condiciones. Inicialmente se pensó que la crisis asiática iba a tener algunas repercusiones negativas –pero muy moderadas– sobre la actividad económica, ya que las exportaciones hacia Asia sólo representaban el 7% de sus exportaciones (contra 26% para los Estados Unidos). No se debe olvidar que la mayor parte del comercio exterior de los países miembros se realiza dentro de la propia Unión. Se descubrió, sin embargo, que los bancos europeos tenían la segunda acreencia en el sureste de Asia y en Corea del Sur, después de Japón. No obstante, muchos de los capitales que huyeron de los países en crisis se fueron a refugiar en Europa. La OECD calculaba, a comienzos de noviembre de 1997, que Europa sólo perdería entre 0,1 y 0,2% de crecimiento. En varias oportunidades los respon-

sables de la política económica argumentaron que Europa estaba protegida de la crisis por la perspectiva del euro, argumento que caló en la opinión pública y la tranquilizó. Se pueda pensar que el debilitamiento del yen abriría más espacio a la nueva moneda europea como futuro rival del dólar.

La primera indicación de un posible efecto recesivo se produjo en Inglaterra. En mayo de 1998 había disminuido la producción industrial. *The Economist*, en su número del 25 de julio de 1998, puso en su portada "La próxima recesión de Gran Bretaña". El crecimiento de su PIB, que había sido de 3,3% en 1997, se anunció que podría caer a 2,6% en 1998. Hoy se piensa que llegará a 1,7%. La discusión giraba en determinar si se trataría de un *hard or soft landing*. A finales de agosto las bolsas europeas bajaron brutalmente, anulando en pocos días lo que habían ganado desde enero.

En la preparación del presupuesto para 1999, el Ministerio de Hacienda francés bajó su previsión de crecimiento de 3%, anunciado en abril a 2,7%, revisión considerada insuficiente por varios analistas. Wim Duisenberg, presidente del Banco Central Europeo, declaró el 22 de septiembre: "Habrá cierta baja pero seguirá el crecimiento. Por favor, no se espanten todavía". Los socialistas alemanes y franceses, y en una menor medida los ingleses, todos partidos de gobierno en sus países, buscan sostener la actividad económica por el consumo interno que vendría a asumir el papel del mercado internacional. Para ello proponen bajar las tasas de interés y los impuestos en proporciones que varían de un país a otro. Duisenberg se opuso el 13 de octubre a una baja de las tasas de interés como una "medida inapropiada". Para él, la prioridad del Banco sigue siendo "la estabilidad de los precios a mediano plazo" con instrumentos puramente mone-

tarios. Una semana después, el director del FMI, el francés Camdessus, no se mostró opuesto a esta rebaja.

E. El sistema financiero internacional

Los principales lugares de posible actuación sobre la crisis, teniendo en cuenta sus características, son el Fondo Monetario, el Banco Mundial y el G-7.

El FMI no dio ninguna información antes del desencadenamiento de la crisis en Tailandia, aun cuando dice que sí avisó reservadamente al gobierno de Bangkok. Su argumento —por cierto válido— es que de hacerlo público hubiera desencadenado un pánico incontrollable. Pero en este caso podía haber evitado seguir presentando al sureste asiático como un modelo.

El 11 de agosto de 1997, el Fondo firmó un acuerdo con Tailandia por una ayuda de 17,2 mil millones de dólares (5 de ellos procedentes directamente de sus arcas). Por su parte, Bangkok se comprometía a aumentar el IVA de 7 a 10%, reducir en un año el déficit de su balanza de pagos de 8 a 5% del PIB, generar un superávit presupuestal de 1,6% del PIB en 1997 y 1% en 1998 y levantar el nivel de sus reservas en 25 mil millones de dólares para 1998. Demasiado ambicioso para las posibilidades de este país, no se cumplió este programa y tuvo que ser revisado. En octubre de 1997 se celebró en Hong Kong, recién devuelto a China, la reunión anual del Fondo y del Banco Mundial. Camdessus consideró que la crisis era "la primera de la mundialización". Mahatir, el primer ministro de Malasia, acusó a las potencias occidentales y a los gerentes de los fondos privados de especular sobre las espaldas de los países en desarrollo. Pero el FMI daba la impresión de conservar la confianza de los principales gobiernos

y de tener claras las medidas que se debían adoptar. Al trasladarse la fiebre a Indonesia, en noviembre de 1997, el Fondo negoció un acuerdo que consideró como modelo. Este acuerdo debía tranquilizar a la región, lo que el anterior realizado con Tailandia visiblemente no había conseguido. El acuerdo fue denunciado por el gobierno indonesio a los pocos días; éste intentó sustituirlo por una caja de compensación. Durante todo el segundo semestre de 1997, el Fondo combatió exitosamente la propuesta de Japón de crear, con capitales propios, un fondo asiático que hubiera presentado el inconveniente de marginalizar tanto al FMI como a las potencias occidentales y pudiera haberse constituido en el instrumento para la creación de una zona yen.

En diciembre, el FMI tuvo que revisar las previsiones de crecimiento de la economía mundial: de 4,3%, que era la cifra publicada en octubre, a 3,5% (Estados Unidos, 2,4% en lugar de 2,6%; Unión Europea, 2,7% en lugar de 2,8%; Japón, 1,1% en lugar de 2,1%). El mismo mes, el Fondo negoció con Corea del Sur un crédito de emergencia de 21 mil millones de dólares de fondos propios dentro de un paquete total de 57 mil millones de dólares, el mayor jamás aprobado. Se preveía la recuperación del este asiático para el año 2000. También a finales de 1997 la OECD publicó sus previsiones para 1998 y, entre los países miembros, consideraba que sólo Corea del Sur y Japón serían afectados. Aún más, para este último el crecimiento debía ser de 0,5% en 1997 y 1,7% para 1998. En total, los 29 países miembros de la Organización conocerían un crecimiento de 2,5%, en lugar de 2,9% inicialmente anunciado para 1998.

Empezó una serie de ataques al FMI por parte de economistas conocidos como Steve Hanke y Jeffrey Sachs que habían trabajado allí años antes. La actitud del primero se explicaba por el

enfrentamiento que acababan de tener con relación a Indonesia. El FMI había vetado su propuesta de una caja de compensación. Los países de la ASEAN, reunidos en Kuala Lumpur el 16 de diciembre de 1997, criticaron los remedios propuestos por considerarlos inoperantes y lesivos para la soberanía nacional. Desde otro punto de vista, el *Wall Street Journal*, *The Economist* y los liberales de los Estados Unidos también criticaban al Fondo por no dejar actuar las fuerzas del mercado, y los más radicales entre ellos se pronunciaban a favor de su desaparición. El ex-embajador de España en Corea, Carlos Alonso Zaldívar, publicó una crónica en *El País* de Madrid, el 19 de enero de 1998: "¡Cuidado con los banqueros!".

La terapia del FMI consiste en dar dinero a los países endeudados para que puedan pagar a sus acreedores —es decir, a los bancos que no debieron prestar y prestaron—, con el fin de evitar que la crisis se extienda. Como contrapartida, el FMI pide al gobierno que a él recurre que liquide sus bancos y empresas insolventes, suba las tasas de interés y recorte gastos —lo que significa quiebras, despidos, bajo o nulo crecimiento y, en resumen, empeoramiento de las condiciones de vida para todos aquellos que no tuvieron ninguna responsabilidad ni en pedir ni en conceder los créditos que no se pueden pagar.

El 2 de febrero de 1998, el Banco Mundial revisó una vez más su previsión de crecimiento mundial para el año que acababa de empezar: 2,6% en lugar de 3,1% (Estados Unidos, 2,4%; Japón, 1%; Unión Europea, 2,9%). Tomaba como hipótesis: 1) La crisis financiera en el sureste asiático llega a su fin, 2) las perspectivas económicas de Japón ya no se deterioran, 3) Estados Unidos y la Unión Europea dejan entrar más importaciones procedentes de Asia.

Mientras tanto, las potencias desarrolladas habían conseguido en diciembre un acuerdo sobre la liberación de los servicios bancarios y de seguros, y negociaban discretamente en el marco de la OECD un acuerdo multilateral sobre la inversión. Este intento iba a fracasar en abril por la oposición francesa para ser renegociado en el seno de la OMC con la presencia de los países en vía de desarrollo. Tal vez lo aceptarían durante la próxima ronda de negociaciones, la Ronda Milenio como ya se la llama, dedicada a la agricultura y a los servicios. Más discretamente aún, se negociaba entre la comisión de Bruselas y el gobierno de Washington un acuerdo sobre un nuevo mercado transatlántico (en inglés, las siglas NTM), que buscaba cumplir con un antiguo propósito del comisario inglés Leon Brittan de establecer una zona de libre comercio entre ambos lados del Océano Atlántico.

En marzo de 1998, la OMC publicó su informe anual y señalaba en éste que el comercio mundial había crecido 9,5% en volumen –su segundo mejor resultado–, y 3% en valor. Concluía: “Si las repercusiones de la crisis pueden ser contenidas dentro de los cinco países más gravemente afectados, no deberían reducir en más de algunas décimas la tasa de crecimiento mundial”. Se puede constatar un consenso entre estos organismos para minimizar la crisis, sus efectos y el apretón de filas frente a cualquier crítica. En abril de 1998 (por tercera vez desde octubre), el FMI bajó sus previsiones para el crecimiento mundial, ahora en 3%: Indonesia, Malasia, Filipinas y Tailandia pasarían, en conjunto, de 3,9% en 1997 a -2,7% en 1998. Corea, Singapur, Taiwan y Hong Kong pasarían de 6,1% a 1,8%. El Fondo preveía un crecimiento 0 para Japón en 1998 (y 1,3% en 1999), siendo los problemas de este país fundamentalmente internos y centrados en las creencias dudosas de su sistema financiero, la no disminución de los impuestos y el retraso en emprender reformas estructurales. El crecimiento de los Estados Unidos podría ser 2,9% en 1998 y 2,2% en 1999.

En su reunión del 16 de abril de 1998 en Washington, el director general del FMI pidió mayor apoyo para su organización, aumento de sus recursos (decisión pendiente del Congreso norteamericano), transparencia de los datos de las haciendas públicas, mayor liberalización del mercado de capitales y participación del sector privado en la solución de la crisis. En el mismo lugar se celebraron paralelamente dos reuniones más: una del G-7 que se centró en dirigir sus críticas al primer ministro japonés Hashimoto por sus vacilaciones y lamentó la depreciación excesiva del yen. La otra reunión fue de lo que se llama ahora el G-22, constituido a dedo por los Estados Unidos el año anterior: los siete países del G-7 más, por orden alfabético: Argentina, Austria, Brasil, Corea, China, Hong Kong, India, Indonesia, Malasia, México, Polonia, Rusia, Singapur, Suráfrica y Tailandia. En ambas reuniones se estudió, entre otros temas, la crisis asiática y el papel que el Fondo debía asumir en su solución.

Entrevistado el 24 de abril por el diario francés *Le Monde*, Camdessus atribuía la crisis a tres factores: los movimientos erráticos de los capitales de corto plazo; la debilidad del sistema financiero y bancario, el mal gobierno (*bad governance*), es decir, corrupción, nepotismo, clientelismos, monopolios [...] Para remediarlos proponía la adopción de cuatro reglas: transparencia, código de buena conducta, liberalización ordenada de los movimientos de capital, fortalecimiento del FMI y demás organismos internacionales. Añadía: “se puede decir que estos países ya tocaron fondo y avanzan rápidamente subiendo la cuesta”. A una pregunta sobre las consecuencias sociales de los programas del FMI, remitía al periodista al papel del Banco Mundial.

A finales de mayo se abrió un nuevo frente en Rusia. El Fondo se sintió capaz de enfrentar esta crisis, una más, pero pedía al

Congreso norteamericano la aprobación de un aumento de 18 mil millones de dólares como contribución de Washington, lo que entonces no se consiguió.

En junio de 1998, frente a Indonesia y negociando con el sucesor de Suharto, Habibie, el Fondo modificó su doctrina al aceptar un déficit fiscal de 8,5% del PIB de ese país para 1998. También anunció que podría proponer "una especie de pausa, de cese de pagos de las obligaciones debidas por ejemplo por un período de tres meses" (Camdessus). En buen castellano, esto se llama moratoria y mostraba que la crisis había obligado al FMI a renunciar a dos puntos de su ortodoxia pasada. La decisión rusa de agosto de 1998 se ajustaba a este nuevo propósito pero fue recibida, sin embargo, con un rechazo total. El mismo mes Brasil entró en la ronda infernal, y a una observación del representante del FMI en Brasilia relativa al déficit público, el ministro de Hacienda, Pedro Malan, lo remitió a una reforma fiscal que se adoptaría después de las elecciones generales de octubre.

El 7 de septiembre de 1998, Paul Krugman, en la revista *Fortune*, rehabilitaba una solución que, hasta que él la mencionara, tenía fuerte olor a azúfre: "la solución tan estigmatizada, fuera de moda, que casi nadie se atreve a sugerirla: esta solución es el control de cambios". En la reunión del G-7 del 15 de septiembre, el presidente Clinton pareció pedir la rebaja de las tasas de interés, tampoco grata hasta ahora en virtud de la lucha contra la inflación: "La principal amenaza para la economía mundial ya no es la inflación". Los participantes se declararon dispuestos "a ayudar a los países que han sido alcanzados por los recientes desarrollos en los mercados financieros", referencia que se entendió dirigida a América Latina. Estados Unidos proponía el G-22 como lugar de reflexión sobre la evolución del sistema financiero mundial;

Francia propuso que se hiciera en el comité interino del FMI, transformándolo en una verdadera instancia de decisión.

En vísperas de su reunión anual en octubre, el FMI volvió a presentar su tradicional informe semestral de previsión sobre la economía mundial: 2% para 1998 y 2,5% para 1999. Sus funcionarios tuvieron que escuchar severas y contradictorias críticas a las que opusieron su actuación, a pesar de su falta de recursos y la limitación de sus poderes. Se criticaron en particular su falta de previsión, el desconocimiento de los efectos sociales de sus programas, su tendencia a entrar más y más en la conducción financiera interna de los Estados. Se atacó la falta de coordinación del Fondo con otros organismos. Entre quienes se pronunciaron había partidarios de su eliminación y otros como el primer ministro británico, Tony Blair, lo querían transformar vía un nuevo Bretton Woods en un verdadero "gobierno del mundo". Jacques Delors propuso la creación, en el marco de la ONU, de un consejo de seguridad económica. El nuevo gobierno japonés propuso a la Dieta una reforma del sistema financiero que parecía ir más allá de los anteriores programas. Se sentía confortado por el alza del yen frente al dólar. El 29 de septiembre en Estados Unidos, el Banco Federal de Reservas bajó en un 0,25% la tasa de interés, aun cuando Camdessus hubiera preferido medio punto. Menos de quince días después volvió a bajar otro 0,25% dicha tasa, mostrando entonces que su preocupación principal era la disminución del ritmo de crecimiento en los Estados Unidos. Se mencionó una mejor coordinación entre el Fondo y el Banco Mundial, aun cuando las malas relaciones que mantienen entre sí son un secreto a voces.

El 15 de octubre, Henry Kissinger publicó una crónica en la prensa internacional: "El FMI hace más daño que bien". En ella constata el antiguo secretario de Estado que nadie anunció la crisis,

entendió su extensión o previó su duración. Las medidas tomadas por el FMI no pusieron fin a su diseminación y amenazaron las instituciones políticas. "El mundialismo ciego de los años noventa bien podría suscitar un cuestionamiento del propio concepto de libertad de los mercados financieros", y viene entonces la crítica más fuerte: "Cual un médico que dispone de una sola píldora, predica casi invariablemente la austeridad, altas tasas de interés para impedir la huida de capitales, precoriza fuertes devaluaciones para desalentar las importaciones y fortalecer las exportaciones. De ello resulta matemáticamente una caída brutal del nivel de vida, una explosión del desempleo y de la pobreza que debilitan las instituciones políticas encargadas de ejecutar dicho plan". Toma como ejemplo Indonesia.

¿Qué remedios propone Kissinger, además de pedir un apoyo decidido para Brasil? "La llave del crecimiento mundial la dará la expansión de la economía norteamericana", bien por una baja de las tasas de interés, bien por una reducción drástica de los impuestos. Hay que armar un dispositivo financiero nuevo que distinga entre la inversión a largo plazo y los capitales especulativos de los que hay que protegerse. El FMI debe ser restituido en su papel de asesor, experto y juez, con tan sólo un pequeño fondo para ayudas a corto plazo. Por fin, se deben tomar en cuenta las necesidades políticas de los países considerados.

El diagnóstico es feroz como siempre con Kissinger, y si no fuera él bien conocido se le consideraría como subversivo. Pero como siempre también, las propuestas son tímidas aun cuando pueden ir en la buena dirección y marcar una evolución decisiva de las ideas. Lo interesante es la intervención de semejante peso pesado en esta dura polémica a favor de un cambio de política. La crisis actual no señala tanto con el dedo el comportamiento de los

gobiernos que sacrificaron en el altar de las ideas ayer dominantes sus herramientas de política económica, sino más bien un sector privado hasta ahora tabú. Desde el punto de vista económico, llama a revisar la literatura sobre el papel de los fondos, en particular de los fondos de pensiones.

G. Algunas consideraciones no finales

A través de estos recuentos regionales y "funcionales" se pueden desprender algunas consideraciones para el futuro inmediato:

1) La herramienta de la previsión, indispensable, ha sido errática. No ha podido prever ni la seriedad ni la extensión de la crisis. No podemos pensar para las evoluciones por venir sino en una agravación de los datos para el mundo entero, pero, desde luego, no en iguales proporciones. Por diversas razones, faltan datos sobre las consecuencias sociales de la crisis: desempleo, precariedad, nuevos pobres [...]. La clasificación de los países según su PIB, su PIB per cápita, su PIB PFP y los indicadores de desarrollo humano deberían reflejar cambios profundos de los cuales se podrían sacar conclusiones. Sin embargo, estas series estadísticas ajustadas a la nueva realidad van a tardar mucho en tomar plenamente en cuenta la disminución del PIB, la conversión a los nuevos valores relativos de las monedas de los países. Se puede pensar que, para mediados de 1999, empezarán a reflejar la dimensión de la crisis que empezó a mediados de 1997. En ellas encontraremos la verdadera dimensión, menor que la anteriormente afirmada, de los problemas en el sureste asiático. ¿Qué decir de las estadísticas sobre el sistema bancario, en el cual se llegan a incluir ocho bancos del Japón entre los diez primeros del mundo, hoy técnicamente quebrados? Hay que repetir: esto no se escribe para denunciar las estadísticas sino para incitar a su uso reflexivo y crítico.

2) La crisis no es asiática, es mundial, aun cuando nació en Asia oriental. Otros, que se creían vacunados, han resultado afectados. El de los europeos hoy es un argumento peligroso de manejar: "el euro nos protege de la crisis", porque es más una encantación que un hecho demostrado. Si el día de mañana la crisis afecta a Europa, como en realidad ya la está afectando, no faltarán otros para decir que fue por pérdida de los instrumentos monetarios nacionales.

Esta crisis Juglar + Kondratiev va a durar varios años pese a sus fases de remisión, agravación y períodos de calma. Sus características serán distintas de las crisis anteriores, pero no se limitará a la esfera financiera sino que contaminará a la esfera de la producción. Habrá desfases cronológicos y geográficos, lo que no significa que terminará primero en la región del mundo donde empezó. Las políticas económicas, que no van a ser uniformes y variarán en el tiempo, tenderán a apartarse, en mayor o menor grado, de lo que fue la reciente ortodoxia. No tanto para volver a recetas del pasado sino imaginando nuevas salidas a problemas nuevos. Ya de paso, señalamos algunas de estas variaciones aun cuando sean incipientes y, lógicamente, objeto de discusiones. Esto no debe asustar, lo mismo que el pensamiento económico parezca ir atrás de los acontecimientos porque siempre ha sido así. Un cuerpo teórico coherente aparecerá de último; primero tendremos el pragmatismo de los gobernantes, propuestas parcelarias destinadas a resolver situaciones concretas y, de todas maneras, un amplio y normal debate.

Simbólicamente, el premio Nobel de economía en 1997 fue otorgado a los norteamericanos Robert Merton y Myron Scholes, especialistas de los mercados financieros y posteriormente consejeros del *hedge fund* LTCM que quebró en 1998. En este último

año, el premio lo recibe un economista de la India, Amartya Sen, teórico del desarrollo y de la lucha contra la pobreza.

Por fin, queda un aspecto que hemos guardado deliberadamente para esta parte final. Las consecuencias sociales de la crisis son graves y no pueden limitarse a un listado más o menos largo de los hechos negativos. Las transformaciones tienen esta característica de mezclar elementos negativos y otros, portadores de un futuro que no lo es tanto. En muchas partes se produce una reflexión nueva sobre el papel del Estado como regulador o sobre el papel de las instituciones internacionales especializadas. Algunas son de corte tecnocrático, otras autoritarias, pero también las hay basadas en la democracia y en un control democrático que no puede estar confinado a la esfera propiamente política sino también a lo social y, a veces, a lo económico. La política está presente en todos los momentos de esta crisis. Todos los gobiernos que han sido confrontados a ella se han caído o han sido sustituidos por otros.

En el caso del Japón, el gobierno del partido liberal demócrata dirigido por Hashimoto ha renunciado tras perder curules en las elecciones al Senado para 1998. Ha sido un cambio más bien cosmético, ya que lo reemplazó su ministro de Relaciones Exteriores del mismo partido, Obushi. En este país no se ve la posibilidad próxima de una alternativa al partido dominante. En Corea del Sur las elecciones de finales de 1997 permitieron la llegada a la presidencia del opositor Kim Dae Jung, pero no se puede asegurar que vaya a hacer una política económica muy diferente. Además, está siendo controlado por un Congreso donde es mayoría el ex partido de gobierno. En Tailandia, el gobierno que se cayó procedía de una elección, por cierto muy marcada por el clientelismo y los fraudes, y quien lo reemplazó es el dirigente principal de la

oposición quien acababa de perder estas elecciones. En Indonesia, el dictador general Suharto, en el poder desde el muy sangriento golpe de estado de 1965, tuvo que renunciar pero fue sustituido por su vicepresidente Habibie, en medio de movimientos callejeros pero bajo la presión de las Fuerzas Armadas. En Malasia se produce una confrontación entre el jefe de gobierno, Mahatir, y su segundo Anwar Ibrahim, destituido y encarcelado por [...] sodomía. Sin embargo, Mahatir, quien no tuvo pelos en la lengua para formular acusaciones sobre la causa de la crisis, está en la mira de los gobiernos desarrollados y de las instituciones financieras internacionales. En Rusia, intrigas palaciegas provocaron la caída del primer ministro Chernomyrdin, otras intrigas hicieron caer a su reemplazo, Kirienko, hoy reemplazado por el ex ministro de Relaciones Exteriores, Primakov. Solamente en Brasil, el presidente Cardoso, autor exitoso del Plan Real de control de la inflación hace varios años ha logrado su reelección, el 5 de octubre, con el 54% de los votos. En la situación crítica del país el electorado pareció preferir elegir al malo conocido que al bueno por conocer. ¿Señal de madurez o elección del miedo? El porvenir lo dirá.

Como se puede apreciar, la desestabilización política ha sido enorme, sin que se le pueda asignar un signo claramente positivo o negativo, de avance o burla de la democracia. Los que cayeron fueron los que gobernaban, sea cual fuere su perfil, y cayeron porque gobernaban, como chivos expiatorios, aun cuando muchos de ellos tienen su buena parte de responsabilidades por acción o por omisión. El propio Fondo Monetario, cuando menciona el buen gobierno como meta, establece un vínculo entre la economía y el sistema político. En las "puyas" que se lanzan el director general del Fondo y el presidente del Banco Mundial afloran también diferencias no sólo de papel, sino también de concepciones sobre lo económico, lo social y lo político en la presente

crisis. Los avatares del presidente Clinton, al paralizar en buena medida al ejecutivo en Washington, han determinado su papel en la crisis al dilatar decisiones y dificultando la relación con el Congreso.

Esta relación entre la crisis económica, en sus diversas modalidades, y la coyuntura política debe observarse cuidadosamente. ¿Quién puede afirmar que, en Colombia, a pesar de no haber sido analizadas así, las elecciones presidenciales de 1998 no fueron afectadas por la crisis asiática, cuyos primeros efectos se hacían sentir desde el año anterior en el sentido de frenar el crecimiento?

III. LOS ACTORES ESTATALES EN EL SISTEMA INTERNACIONAL

La crisis económica crea el clima, por cierto difícil, que existe desde hace año y medio y va a persistir en las relaciones internacionales. El comportamiento de los principales actores ha sido, por diversas razones, un agravante de la crisis. Anotemos en primer lugar que en ella se debate, negocia y firma entre actores institucionales: gobiernos, instituciones internacionales intergubernamentales. Los actores privados adoptan un perfil bajo, lo cual no quiere decir que no actúan (véanse diferentes declaraciones y actuaciones de, por ejemplo, George Soros). Sus pérdidas, provocadas por su propio comportamiento dentro de su lógica los obliga a replegarse o, en el peor de los casos, a pedir humildemente la protección o la intervención de los Estados. Muchos son los que fueron sorprendidos por el giro en la coyuntura que no previeron o de la que no creyeron que iba a tener estas características y esta amplitud. Es un hecho que cuando las cosas van bien, cuando se gana, el Estado es indeseable, pero cuando las cosas van mal se acude a él y debe intervenir para proteger al sector privado y enderezar la situación.

El gobierno japonés es quien debe rescatar la banca japonesa; en definitiva, es el pueblo japonés quien pagará por ello. El gobierno norteamericano no es el que rescata el fondo LTCM, pero sí el que organiza el rescate porque los bancos, imprudentemente prestamistas, iban a perder mucho. Es impresionante, en la práctica, el giro que el pensamiento dominante ha tomado en estos dieciocho meses de crisis.

En las ediciones de *OASIS* para los años 1995 y 1996 definimos el sistema internacional actual como multipolar y con unos seis polos, no idénticos. Es una opinión muy discutida sobre todo por los que creen, con buenos argumentos, porque así lo desean o porque así lo temen, que el sistema es más bien centrado en la hegemonía de un solo país, los Estados Unidos. Matizando nuestra opinión frente a los hechos, y para enriquecer el debate, diríamos hoy que el sistema sí podría constituirse en hegemónico si lo dejan los otros países. Estados Unidos, a quien calificamos de *primus inter pares*, posee elementos para una hegemonía en términos militares, ideológicos y tecnológicos, pero tiene también muchas debilidades; algunas de tipo económico, otras de tipo político. Las otras potencias, sin confrontación inútil, no se dejan y disputan el terreno, pulgada por pulgada. Cuando se descuidan deben dar marcha atrás, pero cuando concertan alianzas y movilizan fuerzas van ganando posiciones.

A. Los Estados Unidos

Señalamos más arriba la euforia que existía en los Estados Unidos hasta hace un año y después de un largo período de crecimiento, de pleno empleo aparente, de mejora de la productividad, real o superficialmente observada. Algunos economistas discutieron las características de este período sin que podamos entrar aquí en

detalles. Hoy existe una disminución del ritmo de crecimiento para 1998 y un temor a una recesión para 1999. Frente a esta perspectiva difícil se produce una clásica confrontación entre el gobierno, en particular el secretario del tesoro, Rubin, y el Banco Federal de Reservas presidido por Greenspan. El sector privado, los clubes ideológicos, las grandes universidades, los sindicatos, grupos de ciudadanos y medios de comunicación también presentan sus opiniones.

Como hemos señalado, los Estados Unidos no vieron en principio con malos ojos las dificultades del Japón que permitían mantenerlo en la condición de socio subordinado y malquerido que tenía durante la guerra fría. Ya no eran los tiempos de "Japón dice no". El trato que se le dio al primer ministro Hashimoto era poco menos que humillante. Esta actitud tenía como límite la necesidad de la alianza con Japón, de mantener allí bases y soldados, de poder contar con sus fuerzas de defensa, de impedir que se acercara al principal adversario en la región, China. La extensión de la crisis en el sureste asiático permitió a los Estados Unidos deshacerse de amigos poco presentables como Suharto, que la postguerra fría marginalizó. Ayer aliado fiel, hoy no era sino corrupto, además de renuente en aceptar las propuestas de ajuste que se le presentaron. Sin embargo, el asesinato criminal de cientos de miles de sus conciudadanos no formó parte de la acusación. Se logró un cambio programado con la colaboración del jefe de las fuerzas armadas, cuando ni Walter Mondale ni el asesor económico de la Casa Blanca lograron convencerlo de la necesidad de reformas económicas y políticas.

A través de las elecciones y apoyando a un viejo opositor también se pudo mejorar la fachada del régimen de Seúl y, de paso, desarmar las temibles fuerzas sindicales, actores mucho más

difíciles de manejar. El nuevo Presidente gobierna sin mayoría parlamentaria pero con el apoyo de su primer ministro, ex militar que, hace años, lo encarceló en terribles condiciones. La misma operación está teniendo lugar en Malasia con el incómodo jefe de gobierno, Mahatir, no tan manchado como Suharto. Esta eliminación de los viejos aliados de la guerra fría en beneficio de una nueva generación con más diplomas de universidades norteamericanas que medallas ganadas en la lucha contra el comunismo se asemeja en algo a lo que se vio en Zaire con la eliminación de Mobutu.

Frente a China ha pasado para los Estados Unidos el momento de la línea dura. Es evidente que hoy como ayer, el vínculo con los comunistas chinos no es deseable pero sí necesario porque pueden actuar de bomberos en la crisis asiática. Con ellos se practica hoy el gesto de buena voluntad, las visitas simpáticas y las presiones de tipo político, agitando por ejemplo el tema del Tíbet con el Dalai Lama, o de tipo económico; en este caso, mudias de ellas tienen a Hong Kong como epicentro.

Si la crisis asiática no dura demasiado y no anula el crecimiento anterior, y lo que se avanzó en la construcción de estas economías no va a desaparecer, ella puede ser una buena oportunidad para que las empresas norteamericanas, bancos, empresas comerciales, informática, industria automotriz, hagan su agosto en el desmantelamiento exigido de los conglomerados, zaibatsus japoneses y chaebols coreanos. Ford, al apoderarse de Mazda, mostró el camino. Con Europa, Estados Unidos sigue un juego aún más complicado y que viene de lejos. Por un lado se felicitan de la construcción de una Unión cuyos inicios ellos mismos promovieron hace años, polo europeo que podría asumir algunas de las tareas que hasta ahora Washington asumió y no quiere o no puede

seguir asumiendo: mandar tropas terrestres o prestar dinero. Lo que sí quiere es seguir con la iniciativa y el control de las operaciones. Se ve con lo que sucede en la ex Yugoslavia y en Palestina. Es una manera de ejercer un liderazgo a un costo menor.

Desde comienzos de 1998, Estados Unidos estuvo convencido de la entrada en vigencia de la moneda europea. A corto plazo no la ve como una moneda rival para el dólar pero les importa comprender bien las condiciones de su implementación y las reglas de funcionamiento del Banco Central Europeo para no encontrarse con una alternativa a su propia propuesta en la actual coyuntura monetaria. Siguen insistiendo en la necesidad de combinar las políticas de inversión y, si es posible, de trato común de las inversiones para llegar, sin aún, a la zona atlántica de libre comercio. Saben que esto no se conseguirá fácilmente.

La OTAN sigue siendo el instrumento más poderoso que poseen para presionar a los europeos y controlar sus actividades militares. Este instrumento sí lo dominan. En él se reservan el papel de estrategas, del mando y del uso de las armas nobles: misiles y aviación. Buscan, a través de la crisis de Kosovo, ampliar la misión que se daba a esta organización sustituyendo hábilmente a las Naciones Unidas, poco confiables por la presencia de rusos y chinos en el Consejo de Seguridad. La OTAN de hoy sigue siendo un instrumento de cohesión de los aliados frente a Rusia. Los rusos lo saben e intentan minar a la OTAN, con el problema de Chipre y el latente conflicto turco-griego que enfrenta a los países de la coalición. Igualmente, mantienen un viejo juego con Siria e Irak que hoy, en particular, sirve para poner en dificultad a Turquía, uno de los puntos débiles de la Alianza. Por el contrario, Estados Unidos hace ofrecimientos de adhesión simultánea a la OTAN y a la Unión Europea, a los países de Europa central y orienta,

creando una confusión sobre una supuesta complementariedad de los dos organismos.

En Rusia, Estados Unidos le apostó a Yeltsin, hoy fuera de juego y disminuida su capacidad de pesar sobre la política interna rusa. Entre los aspirantes a la sucesión del presidente enfermo no tiene por qué escoger desde que no vuelvan los comunistas. Sobre este punto, sin embargo, no falta quien piensa, en el Departamento de Estado, que sería mejor tener a los neocomunistas en el gobierno porque por lo menos tienen una organización, algo representan y pondrían un poco de orden en la anarquía actual sin convertirse en un peligro (algo de lo que se vivió en Polonia y Hungría). Estados Unidos apoya a todas las repúblicas separadas de la ex URSS para debilitar a Rusia y evitar cualquier forma de reunificación. En la ex Asia central soviética, Estados Unidos participa de la carrera por las riquezas de gas y petróleo, no tanto porque las necesite sino para sustraerlas a Rusia y debilitarla más.

Estados Unidos fue acusado en 1997, por Francia en particular, de manipular las sublevaciones e invasiones que, a partir de Uganda, permitieron los cambios políticos violentos en Ruanda y Zaire, hoy República Democrática del Congo. Estos cambios, que desembocaron en la eliminación de Mobutu, su fiel aliado de otros tiempos, le convenía a Estados Unidos. Sin embargo, este país estuvo lejos de tener entre sus manos todos los hilos de una compleja maraña local a la vez que internacional, la cual podría desembocar en una remodelación de los Estados en África central. Esto se pudo apreciar en 1998 con la rebelión contra el nuevo Presidente de la RDC, Laurent Kabila, finalmente salvado por las tropas de Zimbabwe y Angola. Las empresas petroleras y mineras, los mercenarios y los vendedores de armas son allí tan importantes como los Estados que apenas existen en el sentido que se les da generalmente.

Dos puntos siguen siendo vitales para los intereses norteamericanos: el Medio Oriente y América Latina. El primero representa para Estados Unidos el petróleo del Golfo Pérsico y el Mar Caspio. Israel es el aliado que ayuda a controlar esta riqueza, pero se vuelve un aliado a veces incómodo. El ingrediente de la amenaza soviética sobre la región ha desaparecido, pero Rusia sigue siendo activa en su política árabe. El gobierno de Netanyahu en Israel puede actuar sin muchas ataduras frente a los palestinos, Estados Unidos y los acuerdos de Estocolmo. Cuando se ven los esfuerzos consentidos por Washington y el poco resultado conseguido, se pregunta si realmente vale la pena y si Israel no es una trampa para los Estados Unidos. Las respuestas pueden ser positivas si con ello se logra tranquilizar unos cuantos Estados árabes importantes como son Egipto y Arabia. Para dominar el Golfo, los Estados Unidos teorizaron hace unos años sobre el doble dique, uno frente a Irak y otro frente a Irán. Los propios aliados europeos de los Estados Unidos sacan, cada vez menos discretamente, beneficios de esta doble negación. En 1998, con el pretexto de la elección de un nuevo Presidente en Irán, Jatami, calificado de liberal porque convenía presentarlo así, se dieron algunos pasos para tantear una posible aproximación. No es tarea de un solo día y se va a desarrollar en 1999 siempre y cuando Teherán siga dando señales positivas. Es difícil proclamar la democracia y los derechos humanos como valores universales, y en el Medio Oriente codearse con regímenes que violan estos últimos y hacen caso omiso de lo primero. Esto también es una contradicción que tiene que asumir Washington y que tiene un costo.

La preocupación por América Latina ha cambiado de características. En la actualidad, lo fundamental es impedir que la crisis se extienda a los dos países decisivos del área México y Brasil, y seguir contando con el petróleo de Venezuela. La estabilidad

financiera, económica, social y política es una prioridad en la situación de crisis. En caso de que ésta llegue se actuará a pesar de todo como se hizo con México en 1994. Con el FMI preferentemente, pero sin él si fuera necesario. Esta consideración defensiva pesa más que las propuestas hasta ayer firmes de una Asociación Americana de Libre Comercio o el aislamiento y derribo de Castro en Cuba. Poco importa que Cardoso no sea un aliado cómodo. Se piensa que, apremiado como está por la moneda de su país, su criatura, hoy sobrevaluada, se volverá más flexible y menos desafiante en su presentación de alternativas a la política pensada desde Washington. En las presentes circunstancias, organismos como la OEA han perdido toda importancia y sólo se usan como un comodín con los países de segunda y tercera fila.

El drama de la potencia mayor es la disputa entre el Ejecutivo y el Congreso que a través del procedimiento de destitución (*impeachment*) del presidente Clinton devuelve el péndulo del poder por el lado de las dos asambleas, conflicto bien clásico en los dos siglos de existencia de Estados Unidos. Esto, que sería un episodio más de la lucha partidista, de los equilibrios de poder, de dos visiones que vienen desde los padres fundadores, se ha transformado en un culebrón de singular vulgaridad, así como una muestra de disfuncionamiento de la democracia en el que afloran las tendencias más detestables del puritanismo. La imagen de los Estados Unidos ha sido afectada por el "Monicagate", y el Presidente está en dificultades para asumir sus funciones en un régimen presidencialista. Más allá del destino de Clinton y la probable pérdida de poder por los demócratas en dos años, si los norteamericanos no son capaces de enderezar esta situación —lo que implica figuras nuevas—, también se consolidaría la dualidad política Ejecutivo-Congreso, tan difícil de entender fuera de Estados Unidos. De igual modo, la diferencia de intereses

representados por la Casa Blanca (la Unión) y la Icma del Capitolio (los Estados, el ciudadano).

B. La Unión Europea

Aparece toda dedicada a resolver los problemas de su futura moneda, el euro, y de su Banco Central. Con una Comisión de Bruselas menos dinámica que las presididas en su tiempo por Jacques Delors, no ha podido avanzar en los dos aspectos de su ampliación hacia varios países del este europeo: Polonia, República Checa, Hungría, Eslovenia y Estonia. Tampoco ha resuelto el ya crítico problema de la reforma de sus instituciones, asfixiadas por el número de países miembros a los que hay que reservar puestos. Probablemente el ambiente de fin del reinado Kohl en Alemania tuvo su papel en ello. Un tema que está siendo tratado y va a ocupar el año 1999 es el de los presupuestos futuros al reformar las contribuciones de los Estados y reducir los gastos, en particular para la política agrícola común y los fondos de desarrollo regionales. Con estas preocupaciones no se extraña nadie que la crisis fuera considerada como distante y hasta positiva, en la medida en que buena parte de los capitales que se marcharon de Asia ingresaron en las Bolsas de Valores europeas hasta julio de 1998. Cuando las bolsas empezaron su desplome se le atribuyó el efecto a la crisis rusa, más temida en Alemania y en Italia por mayor exposición de estos países. Se discutía sobre todo en términos de baja de las exportaciones en los países, cuya lista se alargaba día tras día, aunque la reducción del precio de las materias primas (en primer lugar el petróleo y el gas) compensaban las dificultades en las exportaciones.

La crisis política rusa y la de la ex Yugoslavia alimentaron las preocupaciones de los europeos en la medida en que Estados

Unidos e Israel los mantenían fuera del Mediterráneo Oriental –con gran desesperación de Arafat, quien intenta apoyarse sobre Europa. El único juego de algunos países como Alemania, Francia e Italia fue con Irak, anticipando ampliamente el levantamiento del embargo decretado por la ONU. En esto los europeos encontraron un aliado en la persona del secretario general de las Naciones Unidas. También prepararon su vuelta a Irán, sobre todo en materia de contratos e inversión. Los europeos, a pesar de sus esfuerzos, no lograron estar muy presentes en Asia central.

Después de las elecciones alemanas del 27 de septiembre de 1998, que permitieron la llegada al poder Schroeder de los socialdemócratas y, por primera vez, del partido verde, los tres países más importantes de la Unión (Alemania, Francia e Inglaterra) tienen gobiernos de izquierda. En octubre también, en Italia, cayó el gobierno de Romano Prodi y, por primera vez, un antiguo comunista, Massimo d'Alema ha sido llamado a formar un gabinete. Sólo en España siguen los conservadores en el poder con José María Aznar, que corre el riesgo de cierta marginación en la Unión. Esta hegemonía de la socialdemocracia, que no se debe exagerar pero tampoco subvalorar, puede traducirse en una inflexión de la política europea, menos proclive al desmantelamiento del Estado social y dispuesta a intervenir en el manejo del Banco Central, independientemente de las prioridades internas diferentes de estos gobiernos.

El año 1998 ha visto también en Europa la suspensión de dos conflictos que ensangrentaron dos países por largos años. En Irlanda del Norte una exitosa negociación de paz, elecciones y la formación de un gobierno de coalición en el que está representado el partido más próximo al Ejército Revolucionario Irlandés (IRA) son hechos que inclinan al optimismo sobre el futuro, aun cuando

no está resuelto el problema territorial. El gobierno laborista parece tener en mente una tercera vía, aprovechando los procesos autonómicos en preparación en Escocia y el País de Gales. En efecto, se consolidan las tendencias prosoberanía de Escocia que se midieron en un referendo y se deben concretar en la elección de un Parlamento escocés, institución nueva para este país. La disputa podría en este caso girar en torno al destino de los beneficios de la explotación petrolera en el Mar del Norte.

En el norte de España, la organización vasca ETA ha decretado una tregua unilateral, indefinida y sin condiciones, firmando acuerdos con el Partido Nacionalista Vasco –en el poder en Euzkadi–, otro partido nacionalista desprendido del PNV, los comunistas vascos y los verdes. De hecho, las elecciones vascas del 25 de octubre de 1998 tomaron el aspecto de un referendo entre centralistas (el Partido Popular de Aznar y el Partido Socialista) y los independentistas (PNV, Eusko Alkartasuna, desprendimiento antiguo del PNV, y Herri Batasuna (HB), partido próximo a la ETA). Los comunistas piden una revisión de la Constitución para crear una España federal. Sin negar la posibilidad de un futuro difícil ya que en él también intervienen los nacionalistas de Jordi Pujol, Presidente del gobierno catalán, este constituye otro conflicto armado que se está calmando sin estar resuelto, pero que toma un giro hacia la negociación y hacia un proceso político desarmado.

Un conflicto muy sangriento que se produce en las puertas de la Unión y que tiene consecuencias para varios países miembros es el que se desarrolla en Argelia. No obstante, no existe consenso europeo sobre las causas ni sobre los procedimientos que podrían ayudar a buscar una solución.

Con Rusia los europeos no tienen una política unificada. Ni Bruselas ni las capitales nacionales tienen claridad sobre lo que puede pasar en Rusia después de la era Yeltsin, al que no ven terminar un mandato que corre hasta el año 2000. Parecen preferir un gobierno de mano dura, cuyo candidato natural sería el general Lebed, hoy gobernador de Krasnoyarsk en la Siberia Central. Parecen temer una creciente y ya evidente pérdida de control de la administración central sobre las entidades regionales en Dagestán, Tatarstán, Extremo Oriente e islas Sajalín, con el posible caos que se generaría en particular desde el punto de vista militar y nuclear. En estas condiciones, el capital europeo, lo mismo que el norteamericano, ha dejado de ir hacia Rusia. Se observó más bien, en la segunda mitad de 1998, intentos de repatriarlo para evitar incertidumbres y pérdidas.

C. Rusia

Es toda la estrategia adoptada por los países de Occidente a raíz de la disolución de la Unión Soviética la que se debería discutir. Tomados por sorpresa por la eliminación de Gorbachov, entonces su ídolo, los países de la OTAN reaccionaron apoyando por todos los medios a Boris Yeltsin y su inicial equipo, de tendencia económica liberal. Con algo de temor por el problema nuclear, vieron sin embargo con agrado la desmembración paralela de la Unión Soviética (desde Moscú y no desde la periferia, con excepción de las tres repúblicas bálticas que tomaron decisiones autónomas). No fueron los pueblos "avasallados" por Rusia los que decidieron irse de la Unión sino el gobierno ruso el que decidió abandonarlos.

Occidente creyó inicialmente en una rápida y no muy dolorosa transición económica destinada a volver irreversible el final del enemigo comunista. Importaba poco lo que se iba a construir en

términos políticos; al fin y al cabo se tenía la esperanza de ver, a cierto plazo, una nueva democracia liberal. Esta visión optimista inicial coincidía con la de la elite local nueva, muy a menudo salida de la tecnocracia comunista. Se destruyó deliberadamente a un país, a los cimientos de su estabilidad, a la economía colectivizada o estatal para exorcizar el antimodelo que había sido. Se creó un monstruo. La miseria en la que cayó la mayor parte de la población no fue tomada en cuenta ya que prevaleció un objetivo político. Toda una racionalidad económica con más de setenta años de existencia y no pocos éxitos, desapareció. Fueron desmanteladas las líneas de producción: materias primas ucranianas, bienes intermedios rusos, productos finales letones o checos [...] El comercio integrado de Europa oriental se rompió de la noche a la mañana. Las mafias, los saqueos de empresas y el crimen fueron los nuevos valores de esta economía llamada de transición. La nueva conducción política rusa se fue al asalto de su propio país, aplaudida por las instituciones financieras y los países de occidente, que sólo ahora parecen darse cuenta de que la democracia liberal y los nuevos valores fueron sólo una máscara. El ejército ruso ya no existe; ni siquiera hay un gobierno que le pueda dar órdenes. Las provincias parecen vivir en autogestión. El país ha perdido los beneficios del último renglón de sus exportaciones: el petróleo y el gas natural.

La fase de la crisis que se abrió en agosto de 1998 es casi la caricatura de las anteriores, con la única diferencia que no preocupa a nadie políticamente y sólo parcialmente por sus posibles consecuencias económicas. El nacionalismo ruso que fue el brazo destructor de la Unión Soviética no es capaz de reconstruir un Estado nuevo y sólo engendró un fantasma que recorre los fastuosos salones del Kremlin. El actual Partido Comunista de la Federación Rusa es probablemente el único partido que tiene

representatividad en todo el país y cierto grado de disciplina, pero temáticamente no ofrece una alternativa de reconstrucción; ni siquiera cohesionada a los perdedores del decenio. Cualesquiera sean sus episodios concretos, en particular en la disputa por el poder, la crisis va a persistir y ya tiene efectos negativos en repúblicas como Ucrania, Bielorrusia y Kazakstán.

D. Yugoslavia

Provisionalmente pacificadas las relaciones entre las tres comunidades que se reparten el territorio de Bosnia bajo el protectorado armado internacional, se puede pensar que se ha avanzado poco en la construcción de un Estado y, evidentemente, menos en la de una nación. Son tres territorios que viven uno al lado de otro, pero cada uno con sus reglas y sus objetivos propios. Hoy Bosnia no existe más que ayer y, si se quiere mantener la paz dentro del modelo adoptado, será necesaria la presencia de tropas extranjeras por mucho tiempo.

En 1998 el interés internacional se ha volcado hacia Kosovo, provincia de la república serbia que, con la república de Montenegro, es lo que queda de la Yugoslavia de antaño. Hay que recordar que antes de 1991 el epicentro de los problemas en la ex Yugoslavia estaba centrado sobre este territorio montañoso. En los años setentas los serbios se quejaban de ser desplazados de lo que fue la cuna de su nacionalidad por pobladores de origen albanés. En 1989, el gobierno serbio, para contrarrestar este desplazamiento, le quitó a Kosovo la característica de territorio autónomo para volverlo una simple provincia de derecho común. Los choques entre albaneses y serbios, reducidos a la condición de minoría, se rutinizaron. Hoy estos albaneses buscan, unos por la vía de la negociación, otros por la vía armada, separarse de

Serbia buscando la independencia o la unión con Albania. El gobierno de Belgrado reaccionó en la segunda mitad de 1998, ante la pérdida de buena parte de Kosovo a favor del Ejército de Liberación de Kosovo, con un masivo y brutal despliegue policivo y militar. Los países de la ONU, con excepción de Rusia, han condenado a Serbia y la presionan a través de las fuerzas de la OTAN. La actitud de Rusia se explica porque teme lo que podría ser un antecedente que, eventualmente, se le podría aplicar en Chechenia o en otro lugar. Parte de los acontecimientos de Kosovo se explican también por las luchas por el poder que se desarrollan en la propia Albania y que han desintegrado esta pequeña república.

Es conveniente poner en claro lo que está en juego en Kosovo desde el punto de vista del derecho internacional, a diferencia de lo que pasó en estos años con Eslovenia, Croacia y Macedonia cuando se separaron de Yugoslavia. En estos casos, y sobre todo en Bosnia, se generaron tensiones y conflictos que han dejado secuelas, pero eran repúblicas dentro de un sistema federal que, con criterios nacionalistas, reivindicaban el derecho a la autodeterminación. Kosovo es distinto; ha sido siempre parte de Serbia, pero poblado mayoritariamente por habitantes de origen albanés. Allí la ONU, la OTAN y la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) intervienen y presionan a Belgrado por razones humanitarias pero sin otra solución en la mente que no sea la futura separación de hecho o de derecho de Kosovo. A estas organizaciones se les ha dado un mandato para la intervención en los asuntos internos de un Estado hasta recomendar e imponer formas de organización que, según ellos, le convienen a Serbia. Lo que temen Belgrado y Moscú es que el antecedente kosovar pueda servir luego para la Voivodina, al norte de Serbia, donde los húngaros de esta ex región autónoma podrían

pedir también su separación para unirse a Hungría. ¿Qué actitud tomaría este país si esta petición fuera rechazada por los serbios? Más aún, ¿qué puede pasar con los albaneses de Macedonia, mosaico entre los mosaicos, con el peligro de que allá intervengan, en caso de conflicto, búlgaros, griegos y turcos? ¿Qué razón tendría Montenegro para permanecer dentro de lo que queda de Yugoslavia? ¿La construcción de una arpillera de pueblos sería un adelanto o un retraso en relación con la ex Yugoslavia? Cuando se nos habla de procesos de unión en Europa, ¿se puede fomentar el cantonalismo en parte de ella?

La intervención internacional a favor, en la práctica, de la secesión de partes de un Estado soberano es lo que explica la reacción rusa. España, que tiene que enfrentar la petición de fuerzas vascas considerables por la independencia de Euzkadi y, a la vez, la petición catalana por la soberanía, está obligada a la prudencia. Por su parte, su ex canciller socialista, Javier Solana, hoy secretario general de la OTAN, se cuida de poner por delante el fin de las masacres y el retorno de las poblaciones que huyen. Son muchos los países, incluyendo a Colombia, que deben reflexionar sobre esta extensión no prevista de la Carta de las Naciones Unidas para su eventual unidad territorial. Se replica que no se trata de imponer la independencia de Kosovo pero las fórmulas neofederales que se elaboran son un disfraz de federalismo y una realidad separatista. Bosnia es ejemplo en la materia.

E. Japón

Asume ahora el papel de hombre enfermo en la visión que se tenía de un mundo con tres pilares. Estados Unidos, Europa occidental y Japón.

Con la hegemonía del Partido Liberal Demócrata, especie de PRI local, su estilo de conducción política es de los más débiles y corruptos. El gobierno Hashimoto había despertado en su momento muchas esperanzas en torno a su energía y su capacidad de emprender reformas económicas. Lo destruyó el juego de facciones dentro del PLD pero fue sustituido por el dirigente más deslavado y representante de éste, el ex ministro de Relaciones Exteriores, Obushi, como consecuencia del revés electoral del 12 de julio de 1998 para el Senado. Las esperanzas se volcaron entonces hacia el nuevo ministro de Hacienda, Miyazawa, de 78 años de edad. Esto significa olvidar que buena parte de los problemas del Japón en la actualidad se gestaron cuando Miyazawa dirigió el gobierno hace diez años (Miyazawa ha sido trece veces ministro).

Hoy por hoy, no existe oposición en el Japón para tomar el relevo de un partido más agotado que la Democracia Cristiana italiana en vísperas de su desaparición. El Partido Democrático del Japón, que tuvo buenos resultados en julio, tiene un dirigente muy popular, Naoto Kan, al que algunos apodan el "Tony Blair japonés". No obstante, es un conglomerado de fuerzas mal unidas, muchas de ellas desprendidas del PLD. La otra fuerza muy disciplinada y fuerte, sobre todo a nivel local, es el Partido Comunista del Japón.

El yen es profundamente inestable; bajó hasta un período reciente en que vuelve a subir. El sistema financiero está prácticamente quebrado, sin que el gobierno se atreva a reconocerlo. Lo que han hecho los últimos gobiernos desde hace cinco años con sus respectivos planes de reactivación, aparentemente enormes, es inyectarle dinero que desaparece a las pocas semanas. Tan sólo el último de estos planes representa 11% de PIB japonés. Las grandes

empresas japonesas, cuyos nombres llenaban con su propaganda las pantallas de televisión y alumbran con profusión de colores los avisos luminosos de nuestras avenidas, tampoco gozan de buena salud. Japón ha repatriado capitales de muchas partes del mundo, suspende proyectos de deslocalización de sus industrias y, por otra parte, sigue ostentando el mayor superávit comercial del mundo (primer puesto que le disputa China). A finales de julio de 1998 su reserva en divisas era de doscientos mil millones de dólares. Una baja del yen como la que se observó en octubre de 1998 podría facilitar sus exportaciones, pero no se puede olvidar que casi 40% de ellas se hacia precisamente en el este asiático que no está en condiciones de importar, y que los países desarrollados no se van a dejar invadir por los productos japoneses ante una desaceleración en su crecimiento. En su punto más bajo, el yen se cotizó el 3 de abril de 1998 a 135 yenes por un dólar; a mediados de octubre se cotizó a 116 yenes por un dólar.

Esta conducción débil, sus problemas financieros y económicos le quitan toda capacidad de actuación autónoma a nivel mundial y la reducen a nivel regional. El único hecho notable ha sido la reconciliación con Corea del Sur con motivo del viaje a Tokio del presidente Kim Dae Jung, que le costó la rutinaria humillación de pedir perdón por el pasado colonial.

F. China

Aun cuando tenga sus debilidades, China se convierte en el verdadero interlocutor obligado en Asia. Ha manejado con prudencia la reincorporación de Hong Kong y, después, la precaria situación económica del territorio. Reanudó conversaciones con Taiwan sobre el futuro de la isla. Ha sido prudente frente a la carrera nuclear entre la India y Pakistán, pese a que se le quiso involucrar

desde Nueva Delhi. Lo que quiere mostrar a los ojos del mundo es responsabilidad y seriedad. China privilegia como espacio político las Naciones Unidas, única instancia que la considera como una gran potencia. Con una modestia por lo menos aparente, se ofrece para contribuir al rescate financiero del sureste asiático (donde los que más pérdidas sufren son los chinos establecidos en estos países, los principales inversionistas en China).

China mantiene relaciones seguidas y correctas con Estados Unidos, país al cual exporta mucho –y compra menos– pero ha estrechado relaciones con una Unión Europea a la que toma en serio y parece creer más que otros en las potencialidades del euro. Sus limitaciones en este juego de gran potencia responsable, calidad que le reconocen sus interlocutores, también son grandes.

En primer lugar su economía. Creció en el segundo semestre de 1998 sobre una base de 7% anual, cifra que muchos países desearían pero la más baja en varios años. Se debe en parte a la crisis que golpea a sus vecinos, socios comerciales e inversionistas en China, en parte a la necesidad de controlar el recalentamiento de su estructura productiva. Parece aplazar, en esta situación no prevista, la reforma del sector industrial del Estado, sector ineficiente y costoso. El desempleo es un problema serio, así como los porcentajes de miseria, principalmente en el interior. Su infraestructura es insuficiente. Las inundaciones en el centro del país y la sequía en el norte han afectado la agricultura, las vías de comunicación y ciertas obras públicas.

En segundo lugar y en materia política sigue en búsqueda del equilibrio entre la capital y las metrópolis regionales, Shang Hai y Guan Dung en particular. El presidente chino y secretario general del Partido Comunista, Ziang Ze Min, parece haber controlado

una situación que no era fácil por el debilitamiento de los escalones intermedios del partido y su corrupción. El manejo político de la reincorporación de Hong Kong ha sido muy prudente pero es mucho más difícil el manejo económico de la ex colonia británica, lugar privilegiado de todas las innovaciones financieras de un capitalismo sin reglas.

Con la ayuda del Ejército Popular Chino, cuyo papel en la lucha contra las inundaciones ha sido puesto muy de relieve dentro del país, existe un reparto de poder que también incluye al presidente de la Asamblea del Pueblo y ex primer ministro, Li Peng, y al jefe del gobierno desde marzo de 1998, Zhu Rong Zhi, tal vez el más frágil de los tres por la situación de la economía. Se observa con interés el ascenso dentro de la jerarquía del partido del joven dirigente Hu Zhintao, de regreso de Tibet. En caso de su eventual muerte o retiro ya no sobresale ninguna figura militar dentro del actual mando.

China se ha mostrado activa en Asia central, en particular en Kazakstán y Kirguizia arreglando viejos litigios fronterizos, ya que con el Tibet, su región más occidental, el Sin Kiang conoce cierta agitación autonomista. Como todo el mundo, está pendiente de la riqueza en petróleo y gas de esta región.

G. India

Por segunda vez, el Partido del Congreso hegemónico en los primeros decenios de la independencia ha perdido el poder en beneficio de un partido nacionalista (de hecho una coalición), el Partido del Pueblo Indio (B. J. P.), en febrero de 1998. Este, en alguna manera, ha mantenido el rumbo económico anteriormente determinado, frenando tan sólo el ímpetu privatizante de sus

antecesores. Hasta el momento, el gobierno no ha tomado posiciones que afectaran a los intereses de los musulmanes de la India, lo que más se temía.

El estallido de tres artefactos nucleares enterrados en la India cerca de la frontera con Pakistán, el 11 de mayo de 1998, confirmó lo que todo el mundo sospechaba. El gobierno de la India quería hacer una demostración de fuerza, en parte para uso interno, y pretendía responder así a la primera prueba de un cohete estratégico pakistaní el 6 de abril. Es decir, como muy a menudo es el caso, se mezclaban objetivos de política interior (el gobierno es débil) y una voluntad de disuasión bien orquestada tanto frente a Pakistán como frente a China —eventualmente Pakistán respondió con explosiones del mismo tipo a finales del mismo mes. Se temió lo peor y el propio presidente Clinton intentó tranquilizar los ánimos. Al poco tiempo, sin embargo, sujetos a muchas presiones externas, ambos gobiernos renovaron propósitos de no usar sus armas nucleares y de firmar, si el otro lo hace, el Tratado de No Proliferación. Ambos países fueron sometidos a sanciones económicas, más efectivas para Pakistán que para la India.

Lo ocurrido en estos dos países, que mantienen una larga disputa y se enfrentaron por las armas varias veces en su corta historia, señala hasta qué punto es real el peligro de proliferación nuclear en nuestro mundo. Esto de por sí cambia las reglas de un juego nuclear que no puede practicarse en un club de distinguidos *gentlemen*.

Muchos son los países que pueden considerar que, con el arma nuclear, gana uno el *status* de potencia y no con todos se podrá hacer lo que se hizo con Irak desde 1990. Los mil y un episodios de la comprobación por una discutida comisión de técnicos del

total desmantelamiento del armamento y de la industria nuclear, biológica y química han sumido, mediante el embargo y las amenazas repetidas, a Irak en el caos y la miseria y sólo parecieron consolidar a Saddam Hussein, convertido así en pilar de la resistencia musulmana a la agresión, tanto a ojos de su pueblo como de muchos otros en esta región del mundo. Las Naciones Unidas, en estas circunstancias, han dado la impresión de poder librarse difícilmente de las imposiciones de Estados Unidos.

H. Suráfrica

Africa, de la que se decía hace tres años que estaba levantando la cabeza dentro del nuevo orden económico internacional, ha vuelto a hundirse, en particular con la baja en el precio de sus productos de exportación (petróleo incluido) para varios países. Sus dificultades son agravadas por la corrupción y la ineficiencia generalizada de gobiernos con poca o ninguna legitimidad. Los conflictos recurrentes en Liberia, Sierra Leona, Sudán, la región de los Lagos Centrales, el que estalló entre los hasta ayer aliados de Etiopía y Eritrea, la larga ausencia de gobierno central en Somalia, sólo parecen interesar a unos vendedores de armas (son pocas las que se requieren), mercenarios y organizaciones humanitarias. Sólo los largos y folletinescos conflictos de la República Democrática del Congo y de Angola todavía suscitan el interés, pero bien podrían culminar en la partición de facto de estos dos grandes y poblados países. En Nigeria, después de la muerte del general presidente Abacha por ataque cardíaco en 1998, su sucesor y ex jefe del ejército, general Abubakar, parece querer administrar una transición pacífica hacia un gobierno legitimado por elecciones. Entregaría el poder a un presidente elegido –pero que podría ser un ex militar– el 29 de mayo de 1999.

En este continente, el país que llama la atención principal es Suráfrica con una población, una base industrial, un Estado y una dirección política que lo distinguen de los demás. La llegada a la cumbre de la maquinaria estatal de la mayoría negra no ha significado sino el comienzo del fin de las consecuencias del colonialismo interno simbolizado por la política del Apartheid. Tampoco se puede decir que la población negra, el 75% del total de la población sin contar otras minorías, no blancas e inseguras de su destino, haya accedido al poder. A pesar de contar con una representación política hegemónica, el African National Congress (ANC), y jefes de alto perfil como Nelson Mandela, Presidente del país, no se puede afirmar su estabilidad en el poder. El viejo presidente, en mala salud, se retiraría de la política en 1999 y, aparentemente, le sucederá después de las elecciones el actual vice presidente Thabo Mbeki, que no goza del mismo carisma.

La economía surafricana, a pesar de tener perfil de gigante en el continente, reposa sobre la explotación minera (oro, carbón, cobre, hierro, diamantes, uranio...), destinada fundamentalmente a la exportación y en manos de las únicas multinacionales de Africa. Su agricultura, tradicionalmente excedentaria, también está en manos de granjeros blancos. El sector manufacturero, relativamente desarrollado, se ha quedado atrás tecnológicamente y por falta de inversión en los años finales del poder blanco. La estructura financiera es sólida pero muy subordinada a la City de Londres.

El mercado interno está fragmentado entre una minoría con un poder adquisitivo semejante al de muchos ingleses y una mayoría con un ingreso apenas superior al de sus vecinos de Zimbawe o Namibia, o sea para millones de surafricanos, un dólar diario. La tercera parte de la población negra activa está sin empleo. No ha

habido redistribución del poder económico pero el gobierno ha iniciado una política redistributiva, dentro de una gran estrechez presupuestal, procurando desarrollar el empleo en particular a través de programas de vivienda popular y de una política de reasignación de tierras. La población negra sufre una especie de desencanto y duda entre el dinamismo sindical tradicional o, para los más favorecidos, aspirar al *status* de burguesía negra. La tensión es grande en las Fuerzas Armadas y de Policía por el acceso de oficiales negros, procedentes de los aparatos militares del ANC, a cargos importantes tanto en el Estado Mayor como en el comando de tropas.

Suráfrica sostiene intensas relaciones con Asia (20% de sus exportaciones y 30% de sus importaciones a mediados de los años noventa); después de Estados Unidos, Malasia era el segundo inversionista extranjero. La crisis asiática ha repercutido negativamente sobre Suráfrica, ya fragilizada por los problemas de su reorientación interna. La baja del precio de las materias primas, oro incluido, es otro golpe. En estas condiciones es muy aventurado hablar del "nacimiento de un dragón africano", para retomar una fórmula de la Síntesis 1999, Ramsés, del Instituto Francés de Relaciones Internacionales. El PIB crecería 0,6% en 1998 y 1,4% en 1999. A mediados de 1998 el superávit de la balanza comercial estaba disminuyendo y se ampliaba el déficit en cuentas corrientes.

Durante varios años Mandela procuró mantener a su país al margen de la política internacional, con excepción de ciertos gestos que hizo a favor de gobiernos que apoyaron al ANC en su lucha contra el Apartheid como Libia y Cuba. Se negó a condenar el régimen militar de Nigeria. Desde 1998 Suráfrica asume la dirección del Movimiento de los No Alineados, en sustitución de

Colombia, sin que todavía se pueda saber si tiene planes para revitalizarlo. Solicitado para intervenir en la región de los Grandes Lagos en 1996 y 1997, lo hizo con mucha precaución, ofreciendo sin éxito su intermediación entre el gobierno de Mobutu y los rebeldes de Kabila. En 1998 también intentó mantenerse al margen de la nueva guerra en el Congo sufriendo desafíos de gobiernos considerados como amigos (Zimbabue, Angola y Namibia). Probablemente a sabiendas de la dimensión de los problemas internos que tiene que resolver, prefirió no dejarse arrastrar en el nuevo conflicto. Más avanzado el año, intervino en Lesotho frente a la sublevación del ejército de este país, intervención difícil y discutida.

1. América Latina

El subcontinente ocupó la atención del mundo (cuando de los efectos de "Niño" no se trataba) por una sola razón: a partir de mediados de 1998, después de la extensión de la crisis de Asia a Rusia se empezó a mirar a quién le iba a tocar el turno. Por unanimidad se dijo que a América Latina, en primer lugar Brasil, asociado a veces a México, a veces a Argentina, a veces a Perú, menos frecuentemente a Chile. Por una razón específica: la baja del precio del petróleo. Se señalaron las dificultades que podría encontrar Venezuela. Efectivamente todos, en especial Colombia y Ecuador se encontraron en el ojo del huracán, pero la preocupación principal fue por Brasil con su gigantesca deuda, en buena parte a corto plazo, y por la falta de flexibilidad de su sistema monetario.

Por su PIB, Brasil es la octava potencia económica mundial después de China y antes que Canadá pero ocupa el rango 68 en el indicador de desarrollo humano del PNUD, bien abajo de

Colombia, lo cual evidencia una de las contracciones de su crecimiento: el costo social. El contraste es también especial entre un centro-sur, en el que sigue concentrada la actividad industrial y los servicios, en particular financieros, y el resto del país en la precariedad de verdaderas colonias internas.

La deuda, menos señalada que hace unos años por su reconversión en 1994 a través del plan Brady y por la diversificación de las exportaciones, está sin embargo presente. En 1997 los 160 mil millones de dólares de deuda externa representaban 27% del PIB y su servicio, 40% del total de las exportaciones. Desde este punto de vista la baja de la tasa de interés en Estados Unidos alivió en algo este servicio. La baja del precio de las materias primas, ciertas restricciones —como para el jugo de naranjas—, afectan también su balanza comercial y de cuenta corriente. Ambas son ampliamente negativas. Las reservas internacionales están bajando peligrosamente, pero Brasil sólo da su estado a julio de 1998, antes de acelerarse la crisis. Lo mismo está haciendo Chile.

El Plan Real, nombre de la actual moneda, ha podido eliminar la tradicional inflación de Brasil (reducida a 7,5% en 1997, era de 2.688% en 1994), pero también ha tenido cierto costo: rebaja de la tasa de ahorros, tasas de interés demasiado elevadas, dependencia de las entradas de capital. Hoy existe un consenso por considerar el real, que a mediados de octubre de 1998 se cambiaba a 1,19 reales por un dólar (hace un año estaba en 1,1), como sobrevaluado. El tema es tabú para el presidente Cardoso, quien estaba pendiente de su reelección.

La inflación brasileña no ha tenido solamente aspectos negativos en el pasado. Es con ello como se financió el crecimiento en otros tiempos. No es siempre cierto que la inflación afecte a los más

pobres: ellos viven en una economía poco monetarizada. Los asalariados del sector público o los empleados del sector privado formal, es decir, las capas medias, son probablemente quienes padecen más con ella.

Hasta julio de 1998 se pensaba que Brasil iba a seguir creciendo sobre un ritmo de 3% anual (su resultado en 1996 y 1997). En octubre, ya sabemos que podría ser en torno a 0,7% para 1998 y negativo en 1999, con un cálculo provisional de -1,3%. El ajuste en negociación con el FMI, con un fuerte interés de Estados Unidos, va a ser traumático. Grandes planes de inversión extranjera que venían de años pasados son anulados o postergados. La industria automotriz labora a un ritmo reducido. Las privatizaciones previstas se postergan por falta de compradores (o habría que cederlas a precios de rebajas). La revisión de la legislación social, en particular las pensiones, y el estatuto de la función pública no se pudieron aprobar con el anterior Congreso. Falta saber cuál será, en la praxis, la disposición del que se acaba de elegir. Paralelamente al aumento de los impuestos habrá congelación de salarios.

En estas condiciones difíciles se comprende que la vida política ha estado subordinada a los propósitos de reelección del presidente Cardoso, que rompe con una tradición de toda América Latina. Informados de la mala situación, los electores apostaron al continuismo ya que Cardoso conserva su aura de "inventor" del real, pero la mayoría que votó por él desde la primera vuelta (54%) ha sido menor que la esperada, mientras que los votos de su principal contrincante, el Partido de los Trabajadores (31%), han sido más de lo esperado. Por su parte, el candidato apoyado por el Partido Comunista logró el 11% de los votos.

A nivel del Congreso la bipolarización ha favorecido a los partidos que apoyan a Cardoso; su partido, el Socialdemócrata, consiguió 101 curules (de un total de 513 para la Cámara baja) y el Partido de Fuerzas Liberales –conservador– 112. También puede contar con el apoyo del Partido Progresista (que no lo es) con 60 escaños, y el disminuido Partido del Movimiento Democrático Brasileño con 82, es decir, unos 355 parlamentarios. El Partido de los Trabajadores tiene 55 parlamentarios y domina una oposición formada por 127 parlamentarios. En medio de estos dos bloques se encuentra el oportunista Partido Laborista Brasileño (el viejo PTB, sobreviviente del tiempo de Getulio Vargas) con 31 escaños, que puede apoyar a Cardoso. Los partidos brasileños tienen poca tradición de disciplina de votos y los deslizamientos son frecuentes. Muy a menudo se compactan en coaliciones de sabor regionalista, lo que obliga al gobierno a negociar cada votación.

La situación económica de Brasil y el proceso de reelección explican el menor perfil internacional de Brasil. En estas circunstancias no hay que formular demasiadas esperanzas sobre decisiones importantes que podrían tomarse en la cumbre América Latina-Unión Europea, que se celebrará en junio de 1999 en Brasil. También explica la casi parálisis mostrada por Mercosur, tanto en la profundización de su integración como en la negociación con aspirantes al ingreso. Hay una pérdida evidente de dinamismo, pero no una marcha atrás.

El Presidente de Argentina, Carlos Menem, también abrigaba el propósito de ser de nuevo candidato en la próxima elección. Parece haber desistido de este propósito. La división en las filas de su propio partido, el Justicialista, sólo es compensada por las grietas en la coalición de radicales e izquierdistas que forman la oposición.

Estos juegos políticos no están a la altura de las dificultades que se avecinan para la economía. Hasta octubre se preveía un crecimiento de 4,7% para 1998 y 4,9% para 1999. Se sigue manteniendo la misma cifra para 1998 y solamente 2% para 1999.

México se acerca a unas elecciones presidenciales difíciles para el PRI. La división de la oposición en dos bandos, el conservador PAN y el reformista PRD, le deja una oportunidad. Lo único que preserva en algo a México de las repercusiones de la crisis es su pertenencia a la Zona de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. Se volvió un socio tan importante que no se puede desatender lo que le puede pasar. Se vio en 1994 y eventualmente se volverá a ver.

Venezuela es otro de los países que sufre de la actual situación, aun cuando las especificidades de su crisis sean determinadas por su condición de monoexportador y por el agotamiento del modelo de democracia que surgió a finales de los cincuenta. A finales de 1998 se piensa que el año terminará con una baja del PIB de -0,5% y, para 1999, otra baja de -0,1%. Cuando asumió el poder el presidente Caldera, pocos eran los que pensaban que su mandato llegaría a su término como lo acaba de hacer. Sin embargo, los problemas de fondo que afloraron con la tentativa de golpe militar del mayor Chávez en 1992 y la renuncia del presidente Pérez no han sido resueltos.

Vale la pena apuntar aquí que el crecimiento revisado de Colombia para 1998 sería 2,7% y para 1999 de 1,9%, con un fuerte déficit de su balanza en cuenta corriente. No se prevé una recuperación de los precios ni del café ni del petróleo. Pero Colombia tiene muchos otros problemas que resolver.

J. Los organismos internacionales

La espina dorsal del presente sistema es la Organización de Naciones Unidas con ya más de medio siglo de existencia, un récord. Después de la renuncia algo forzada de Boutros Ghali a la aspiración de un nuevo mandato como secretario general, Kofi Annan, elegido en enero de 1997, era considerado por varios países como el candidato de Estados Unidos. El tiempo transcurrido mostró que esta calificación era apresurada. El cambio de un secretario general a otro no ha resuelto las grandes dificultades que sufre la ONU. Con la pérdida de cohesión de los países ayer llamados del Tercer mundo y, por vía de consecuencia, la reducción de la Asamblea General a un papel de foro testimonial, lo esencial de la actividad política pasa por el Consejo de Seguridad, lugar privilegiado por sus cinco miembros permanentes. Ellos hacen transitar –o no– los conflictos internacionales por el Consejo en función de sus intereses. Así es como lo que afecta al Estado de Israel en relación con los palestinos y los sirios, se arregla directamente con la participación decisiva de Estados Unidos (juez y parte) y no por las instancias de la ONU. En el caso de Kosovo, se producen maniobras hábiles para mover tal o cual de los organismos internacionales con una tendencia a reducir también el papel de la ONU en razón de la actitud, rápidamente calificada de proserbia, de Moscú. En Irak, la comisión de inspección, dirigida por Richard Butler, es de la ONU y sólo le debe rendir cuentas al Consejo de Seguridad. Sin embargo, es dominada por expertos norteamericanos, en particular militares, y ha chocado con los responsables del programa de asistencia "Petróleo para Alimentos y Drogas", de la misma ONU. El propio secretario general ha tenido un protagonismo decisivo en febrero de 1998 para resolver una crisis que bien podía haber desembocado en una nueva intervención militar de los aliados contra Saddam

Hussein. Lo interesante sería dilucidar si el secretario general arregló la crisis durante su viaje a Bagdad o si se prestó para legitimar y hacer respetable una decisión ya tomada en otra parte. La verdad se sitúa en un punto intermedio. Demostró carácter, talento e independencia, pero las dificultades de Estados Unidos para superar la oposición de los países árabes y de Rusia, al igual que ciertas reticencias europeas, obligaron también a Washington a echar atrás sin perder la cara.

En otros casos (Guinea Bissau, Sierra Leona, Liberia, Congo, Angola, Sudán o Afganistán) su papel es secundario. Se conjugan para ello la falta de interés de las grandes potencias (o sus preferencias por otros instrumentos), y su falta de medios para estar en todos los sitios donde se necesitaría.

La ONU, con su organización central, sus fondos (como la UNICEF y el PNUD), sus agencias (como la UNESCO y la OIT), los organismos aún más sueltos (como el FMI y el Banco Mundial) es un monstruo repartido en varias sedes de Nueva York a Nairobi, pasando por Ginebra, Roma y París, monstruo que se vuelve difícil de controlar. Annan ha logrado, sin embargo, poner un poco de orden. De 1994 hasta 1998 su personal ha disminuido en un 14% y, dentro del presupuesto, los gastos de funcionamiento han pasado de 38 a 25%. La ONU, para montar sus múltiples intervenciones armadas, humanitarias o de desarrollo, está en deuda con varios gobiernos, mientras otros como Estados Unidos y Rusia no están al día en sus cuotas. Se ha intentado aproximar las agencias cuando tienen misiones dirigidas al mismo fin, como la UNICEF y la OMS en campañas de vacunación, para evitar duplicación de gastos o rivalidades; ha sido muy difícil.

La reforma de carácter político del Consejo de Seguridad, considerada necesaria desde comienzos de los ochenta, no ha avanzado.

Los cinco grandes son poco deseosos de sacrificar sus ventajas o de acoger a otros, aun a sabiendas de que sería bueno que ingresaran Alemania y Japón (pero estos dos países no son fundadores; contra ellos precisamente se creó la ONU). Si aparecen demasiados países del Norte en el Consejo hay que compensar con el ingreso de miembros permanentes del Sur (con veto o sin veto?). Existe un consenso, por lo menos de labios para afuera, para reequilibrar con un país asiático que podría ser la India, un país africano y un país latinoamericano. La disputa surge cuando se trata de precisar el país. La India encuentra la oposición de Pakistán. Para Africa, se pensó en el más poblado (Nigeria) pero conoce una dictadura militar a la que no se puede premiar; Suráfrica es hoy favorito, pero no se está seguro de lo que pueda pasar después del retro de Mandela. Para América Latina se pensaba en Brasil, pero varios gobiernos latinos se oponen. Con estas disputas triunfa el *statu quo* que favorece a los cinco.

La lectura que se hace hoy de la Carta no es la que se hacía en 1945 o en los sesentas. Esta evolución, probablemente necesaria, se ha hecho poco a poco. Pero hoy la ONU interviene, con relativa facilidad, dentro de los asuntos internos de los países, como se señaló para Kosovo, El Salvador o Guatemala. Colombia es ejemplo de una de estas intervenciones que no contaba inicialmente con la aprobación del gobierno pero, negociándola, la tuvo que aceptar. ¿Dónde están los diques a los desbordamientos? La propia propuesta de creación de una Corte Internacional de Justicia Penal, que se apoya en los precedentes de Ruanda (el tribunal de Arusha) y de Bosnia (el tribunal de La Haya) plantea muchas dudas en materia de derecho en particular.

Algunos, entre los cuales el propio Kofi Annan, confían en que la Asamblea General del Milenio en el año 2000 podría ser la

oportunidad para hacer avanzar las reformas. ¿No es confiar demasiado en el tetichismo de una fecha de las que todos se quieren agarrar? También la OMC piensa en una Ronda del Milenio. Serán probablemente más las conmemoraciones y los listados de buenas intenciones que las verdaderas reformas. Sea como fuere, se deberían preparar con mucho cuidado y no salir, como por arte de magia, y sin mucha posibilidad de enmiendas, de comités confidenciales donde siempre están los mismos.

K. Perspectivas internacionales

El sistema internacional que comenzó con el decenio no es estático. Evoluciona y, desde ya, cerró su primera etapa que había comenzado algo antes que él. Tal vez esta etapa fue una transición y podríamos caracterizarla como la mundialización sin límites (1985-1998). El capitalismo democrático o la democracia de mercado para algunos escritores o gobernantes era la etapa suprema del desarrollo humano, etapa insuperable. Francis Fukuyama, en su famoso artículo "El fin de la historia" de mediados de 1989, y en su libro más elaborado de 1992, lo veía como "la forma final del gobierno humano". Pretendió grabar en el mármol lo que sólo estaba escrito en la arena de la playa en torno a la autodestrucción de la Unión Soviética: el fin del imperio del mal. Pero no fue cierto que se universalizara la democracia occidental o que se multiplicaran los regímenes que hacia ella iban evolucionando. Era confiar demasiado en ciertas apariencias, en aspectos formales. ¿Cuándo fueron democracias Rusia, Ucrania o Bielorrusia? ¿Camina el Medio Oriente hacia la democracia? Es cierto que en América Latina se ha logrado poner fin a las caracterizadas y sangrientas dictaduras. ¿Cómo fueron las transiciones? ¿No existe en Chile una democracia (y demócratas indiscutibles) pero tutelada por el ejército? ¿Cuál es la esencia

democrática de Perú en este decenio? ¿Se puede presentar como ejemplo la democracia priista en México?

La historia ha continuado para los pueblos y siempre, en su realidad, más rica que las utopías que los hombres y las mujeres construimos. Existen varios modelos de capitalismo y no solamente el anglosajón. Muchos se alegran de las dificultades que quieren definitivas del capitalismo asiático (¿democrático?). Se incrementan las rivalidades entre el capitalismo norteamericano y el europeo, no sólo en sus episodios diarios sino en su misma concepción.

John Gray, en su artículo "Global utopies and clashing civilizations: misunderstanding the present", de la revista inglesa *International Affairs* (Nº 1, Vol. 74, enero de 1998), nos da varias pistas. Las guerras hoy son más numerosas que durante la guerra fría. En aquel entonces las dos superpotencias controlaban los conflictos, cada una en su campo, y si era de su interés, los impedían. Hoy, la mayor parte de ellos se desarrollan no entre Estados -aunque sí los hay con esta característica-, sino por sublevaciones internas o separatismos.

La democracia no es un régimen acabado sino de continua construcción. Hablar hoy de democracia no es retomar el concepto que de ella tenía Tocqueville hace siglo y medio. Tampoco, por falta de tiempo transcurrido, podemos asegurar fácilmente que es irreversible. La crisis que evocamos antes ha devuelto en buen lugar de la agenda la cuestión social, la subsistencia de ricos y pobres, la desigualdad de oportunidades que está lejos de encontrar soluciones a la altura de las necesidades.

La segunda gran afirmación del decenio, que iba en dirección contraria a la de Fukuyama, es la teoría de los futuros conflictos

de civilizaciones propuesta por Samuel P. Huntington en su libro de 1996: *The clash of civilizations and the remaking of world order*, adaptación de su anterior artículo en *Foreign Affairs* (Vol. 72, Nº 3, verano de 1993). Para él, los conflictos futuros no serán ni ideológicos ni económicos sino culturales, oponiendo lo que él llama civilizaciones y que, en la práctica, son principalmente religiones o filosofías, en número de siete u ocho: Occidental, Confucianismo, Sintoísmo de Japón, Islam, Hinduismo, Ortodoxia eslava, América Latina (?) y, tal vez, civilización africana. Notemos en primer lugar las imprecisiones: ¿Existe una civilización africana? ¿Cómo sería la latinoamericana? ¿Cómo explicar entonces los actuales conflictos en África, digamos en Argelia o Congo? ¿O en Afganistán, donde los bandos son todos musulmanes? Sin hablar de Irlanda del Norte o del País Vasco en España. En estos dos casos, ¿quiénes son los occidentales? ¿Y los otros qué son? ¿La guerra que dura en Argelia a quién opone?

En la tesis de Huntington lo más desagradable es la creencia que lo moderno, democrático, finalmente ejemplar, es lo occidental, y que como occidentales debemos como primer objetivo, "prevenir el desarrollo por sociedades no occidentales de un potencial militar que podría amenazar a Occidente". En pocas palabras, "unámonos los blancos cristianos contra los bárbaros que amenazan nuestro bienestar material e intelectual. En una entrevista (*Le Monde*, 18 de noviembre de 1997), Huntington es más claro: "Occidente es claramente la civilización dominante en el mundo. El Islam y China contestan esta dominación". ¿Qué hacer? ¿Aplastarlos preventivamente? Muchos de los conflictos surgen de la incapacidad de los Estados de asumir sus tareas, crear consenso, administrar las relaciones con los otros Estados y hacer que las varias comunidades encuentren su puesto en él.

Frente a las actuales relaciones internacionales, y referidas estas dos generalizaciones que marcan el decenio que termina, predominan tres escuelas que vienen de atrás, pero aceptan nuevas formulaciones.

El realismo prevaleció durante la guerra fría (en ambos campos, por demás). El Estado sigue en el centro de las relaciones que son relaciones de poder, tal vez menos desde el punto de vista militar y más desde el punto de vista económico e ideológico, pero en algunos casos la última palabra la tienen las armas. Se pueden prevenir los conflictos, no se puede negar su existencia vinculada a la naturaleza humana.

El moralismo (en Estados Unidos se usa también el neologismo wilsonianismo) se apoya en las fuerzas morales, en la cooperación, en particular en el denso tejido de organismos internacionales para mandar a los partidarios de la fuerza. Un actual desarrollo de esta teoría es la usada por la diplomacia norteamericana: "las democracias no se hacen la guerra", que merecería más amplio comentario. Desarrollar el libre cambio y el mercado es consolidar la paz. Pero este desarrollo no es armonioso, deja ganadores y perdedores y, como se intentó mostrar, no es lineal. Reviste la forma de ciclos, genera graves desigualdades, resentimientos y envidias, deseos de no dejarse despojar o de recuperar lo perdido.

La tercera escuela, para ciertos autores es un desprendimiento del marxismo, aun cuando creemos, a través de la experiencia latinoamericana, que esta historia es más complicada, más rica. Sería la teoría dependencista, bien ilustrada en el plano económico por la CEPAL entre los años 1950-1975 y, en el plano sociológico, por el libro de 1972 de Cardoso y Faletto. Hoy esta teoría se ha movido, insiste sobre el papel de las ideas y de la cultura, hasta el

punto que se conoce a menudo como culturalista. Buen representante de esta escuela es Bertrand Badie, en particular su libro *La fin des territoires* (París, 1995). Para Badie, la crisis de la territorialidad es diferente del fin de los Estados pero "vulnera su funcionamiento, afecta su lógica, hipoteca su capacidad".

Son diversas las posiciones asumidas en torno al Estado; los culturalistas no lo ponen tan en el primer plano como las dos anteriores escuelas. Como escribe Susan Strange en *The retreat of the state: the diffusion of power in the world economy* (Cambridge, 1996), las fuerzas impersonales de los mercados son mayores que los Estados, y señala en particular las telecomunicaciones, las mafias, las consultorías, los carteles y los organismos internacionales.

Estas tres escuelas, en el momento presente, se encuentran bien sintetizadas en un artículo de Stephen M. Walt: "International relations: one world, many theories", publicado en la revista norteamericana *Foreign Policy* (Nº 110, 1998). Probablemente se va a inclinar de nuevo el fiel de la balanza cuando aparezcan las primeras evaluaciones de lo que puede suceder en la mundialización con la crisis económica. El artículo de Kissinger es una primera señal. Ciertas ilusiones van a desaparecer, en su lugar es posible que aparezcan nuevas versiones del caos, de lo imprevisible que es el mundo y, eventualmente, del "sálvese quien pueda" que sería la consecuencia. Los primeros escenarios se esbozan en círculos cerrados. Señalemos tan sólo como ejemplo el seminario de la UNESCO "Listos para el siglo XXI", con intervenciones del director de su oficina de análisis y previsión, Jerome Bindé, de Jacques Attali, ex consejero especial del presidente Mitterrand, y de Butros Ghali. Además de reflejar la complicación de este mundo, sus problemas, unos clásicos, otros nuevos (medio

ambiente, migraciones contemporáneas) introducen una especie de pesimismo sobre el destino humano.

Ha pasado la euforia inicial del nuevo sistema internacional: "Ganamos la guerra" (cuya versión, por ejemplo, para los rusos, sería "perdimos la guerra"). Aparecen con la crisis versiones catastróficas, el Titanic como símbolo para la juventud, historia de amor y de desesperación. Frente a ambos extremos guardemos la cabeza fría. Ni tanto, ni tan poco. Lucidez.